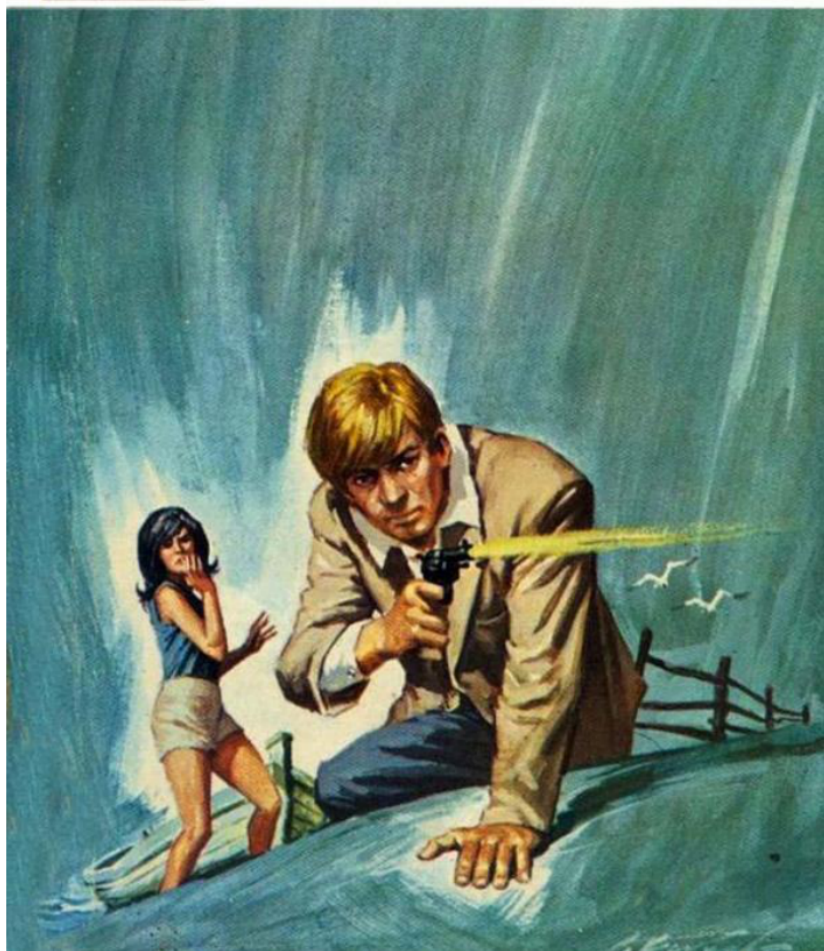


BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

ATENTADO

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

ATENTADO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 536
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 20.768 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio, 1972

© VIC LOGAN, 1972
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección SERVICIO 'SECRETO:
1.144. — ¿Se llama usted John, amigo?
- En Colección PUNTO ROJO:
527. — ¡Al ladrón!
- En Colección ASES DEL OESTE:
652. — El último en reír.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
835. — Matanza en Valle Perdido.
- En Colección KANSAS:
672. — Madera podrida.
- En Colección BRAVO OESTE:
584. — Pareja de damas para el vaquero.
- En Colección CALIFORNIA:
798. — En legítima defensa.
- En Colección COLORADO:
766. — Los salvajes de Nuevo México.

CAPÍTULO PRIMERO

París, agosto de 1971

El comisario Malraux se secó el sudor y mirando la desierta calle murmuró:

—¿Cuándo demonios van a instalarnos el aire acondicionado?

—¿Quién pudiera estar en la playa, verdad? —sonrió el inspector Sorel.

—Le regalo la playa. Sorel. Todo lo que pido es que alguien se acuerde de los que en agosto seguimos trabajando.

—Alguien se acuerda —sonrió Sorel con un ademán de agotamiento.

—¿Qué dice?

—Me refiero a *monsieur* André Lacarte. Está ahí. Se ha tomado la molestia de venir personalmente.

—¡Ah, sí! ¡Maldita sea! ¿Se sabe algo de su ahijada? Sorel se encogió de hombros.

—Bueno. Por lo menos se habrán tomado la molestia de cursar avisos. En este tiempo la gente se larga de vacaciones, aunque Giselle Lacarte puede hacerlas cuando le apetezca... Pero no me extrañaría que estuviese en la Costa Azul, o en el extranjero. ¿Qué opina usted?

—Tiene el informe con mis preguntas y las respuestas de Lacarte sobre la mesa, señor. La chica se marchó, según Lacarte, sin avisarle para nada. Él insiste en que Giselle ha desaparecido.

—¿Cuántos años tiene la muchacha?

—En diciembre cumple la mayoría de edad. Por unos pocos meses Lacarte se ha propuesto fastidiarnos.

—Bueno, díglele que pase. Repasaré su informe. ¡Ah! Y entre usted con él. Ese hombre me pone nervioso.

El inspector salió del despacho de su principal para regresar con André Lacarte.

André Lacarte no necesitaba presentación para los franceses integrados en el gran mundo.

Magnate de la industria, financiero y hombre de negocios en general manejaba millones de francos... nuevos.

Lacarte era hombre importante, y además estaba convencido de ello.

Miró al comisario como hubiese mirado a cualquiera de sus subordinados. Lacarte miraba a todo el mundo igual, como inferiores a él.

Con su paso arrollador, su altivez manifiesta avanzó hasta situarse al otro lado de la mesa del policía.

—¿Y bien? —espetó—. Mi tiempo es precioso y usted ya me lo ha hecho perder bastante.

—Siento no poderle indemnizar, señor Lacarte. Siéntese y hablaremos de su problema.

—No soy yo quien tiene el problema en este caso, comisario. Es usted. Mi ahijada desapareció de mi casa. No se llevó absolutamente nada, ni el cepillo de dientes. Y de esto hace ya una semana... ¿Qué espera para actuar?

—¿Por qué no se calma un poco?

—Mi ahijada puede estar muerta. ¿No lo ha pensado?

El comisario Malraux leía el informe de Sorel, que asistía a la entrevista con aire resignado.

—El inspector Sorel le preguntó si se llevaba usted bien con su ahijada, y se negó usted a contestar.

—No creo que la vida privada entre Giselle y yo pueda importar en este caso.

—Pues sí puede.

—No veo la razón.

—Déjenos hacer de policías a nosotros, señor Lacarte, por favor.

—Ya les dejo, pero no veo los resultados por ninguna parte. ¿Qué es lo que puede decirme? Nada en absoluto. Quiere hacerme pasar el tiempo haciéndome preguntas. Acudiré al ministro. Sépalo, comisario. He querido actuar como un ciudadano cualquiera, sin privilegios... Denuncié la desaparición de Giselle al darme cuenta de que no había pasado la noche en casa, e insisto que de ello hace

una semana hoy... Mi paciencia se ha terminado.

Lacarte se puso en pie.

—Un momento, señor Lacarte —repuso el comisario, armándose de paciencia—. Usted dijo al inspector Sorel que en otra ocasión su sobrina también dejó de acudir a casa por la noche... Lo cual demuestra que ya es costumbre en ella.

—No debí haberlo dicho. La otra vez fue un caso aislado. Y estuvo solamente dos noches fuera. Entonces... —carraspeó—. Entonces ella creía tener motivos.

—¿Motivos?

—Por una discusión tonta. Giselle es una chica muy independiente. Quiere seguir todas las tendencias... Me ha creado bastantes problemas. Pero lo de ahora es distinto.

—Supongo que Giselle cuando cumpla la mayoría de edad heredará una cuantiosa fortuna —murmuró el comisario.

—Así es.

—Si alguien intentara hacerle algún daño no se beneficiaría en absoluto.

—Por supuesto.

—Excepto usted, claro.

—¿Qué diablos trata de insinuar?

—Nada, señor Lacarte. Intentaba hacerle ver que, excepto que la muchacha tenga enemigos, no pueden atentar contra ella por dinero.

—¿Y si la hubiesen raptado?

—Al cabo de tanto tiempo los raptos ya habrían dado señales de vida, pidiendo rescate. No. Yo no creo que se trate de un secuestro. Pero descuide, seguiremos buscando. De todos modos es usted dueño de acudir a quién crea oportuno. Aquí se hace lo que se puede. Los policías no somos dioses. Tenemos que empezar desde el principio.

Lacarte dio la vuelta y salió amenazando:

—Tendrán noticias mías. Se lo aseguro.

Cuando hubo salido dejando la puerta abierta, Sorel la cerró.

—¡Lo que faltaba! —exclamó.

—¡Sorel!

—Diga, señor.

—¿Ha ordenado que vigilen a ese hombre?

—¿A Lacarte?

—Sí. A Lacarte.

—Pues no. ¿Piensa que él...?

—Bueno, nada, olvídelo y pásame un informe con todas las gestiones que ha realizado.

—Sí, señor. Hemos estado indagando entre sus amigos. Hay de todo, pero nadie la vio últimamente... Algunos afirman que Giselle Lacarte lleva incluso más de dos semanas sin aparecer por los lugares habituales. Algunos, sin embargo, la vieron la noche antes de su desaparición.

—Bueno. Tráigame ese informe.

Y el comisario tomó los periódicos del día que todavía no había tenido tiempo de hojear.

Los periodistas ya comenzaban a meterse con la ineficacia de la policía.

Los había que aprovechaban la situación para hacer política con el asunto.

—¡Lo de siempre! —masculló el comisario, volviendo a secarse el sudor que resbalaba por su frente.

CAPÍTULO II

Palma de Mallorca, agosto de 1971

Los luminosos del Arenal brillaban en la cálida noche palmesana.

El mar tranquilo besaba suavemente las finas arenas, y hasta allí llegaba la música que se escapaba de las *boîtes*, de los clubs, de las salas de fiesta.

La ancha carretera que bordeaba las arenas registraba aún abundante tráfico. Unos pensaban divertirse todavía, otros regresaban ya después de unas horas de diversión.

En medio del frenesí de la *boîte* El Gato Blanco parejas de todos los confines del mundo se contorsionaban al compás de los ritmos estridentes.

Corrían las bebidas de trago largo, el *whisky* y los cócteles de champaña frío.

La pareja de franceses regresó a la mesa.

—¿Un poco más de champaña, Giselle? —dijo el hombre.

Era alto, rubio, de aspecto atlético, bien parecido físicamente y bronceado por el sol.

—No deberías llamarme Giselle —sonrió ella un poco alegre—. ¿No has visto que todos los periódicos de mi París hablan de mi desaparición?

—¡Oh! Tú no eres la única Giselle que hay en el mundo. Además, con esa peluca negra no te pareces en nada a la fotografía que sacan en los periódicos. Peluca, lentillas de contacto, pestañas postizas...

El hombre sirvió otras dos copas de champaña que mezcló con *peppermint*.

—¡Para que luego digan que las mujeres no tenemos imaginación! —exclamó ella, y enseguida tomó un sorbo del combinado—. ¡Uf! Estoy cansada... Pero no creas que me doy por vencida. No me moveré de aquí mientras los músicos sigan tocando.

—¿Por qué haces todo esto? —inquirió él.

—Para fastidiar a mi tutor. ¿No te lo había dicho?

—Te has puesto al margen de la ley.

—¿Yo?

—Viajas con un pasaporte que no es el tuyo. ¿Qué crees que pasaría si se dieran cuenta?

—Me meterían en la cárcel y André Tacarte me sacaría pagando con mi dinero. ¿Está claro, *monsieur* Paul Lafargue?

—No te llevas bien con él, ¿verdad?

—Ni una pizca.

—¿Es por el asunto del dinero?

—Puede —sonrió ella pícaramente.

—Se aprovecha de manejar tu dinero.

—Puede.

—Yo también estoy metido en un lío, saliendo contigo.

—Tú no sabes nada de nada, Paul. Para ti soy Yolande Durand, lo que dice mi pasaporte, y nada más.

—¿Quién es Yolande Durand?

—Una amiga mía... Con la peluca y todo lo demás nos parecemos bastante. Así que... si nadie se va de la lengua jamás se descubrirá la verdad. En las fronteras ni siquiera miran la carta de identidad, y en los hoteles hay demasiada gente para fijarse. Además, Yolande tiene un año más, o sea que prácticamente tenemos la misma edad. ¡Y anda, vamos a bailar!

—Eres incansable. Bien, vamos allá.

Paul y Giselle continuaron la fiesta mezclándose con las parejas de aquel mundo abigarrado, internacional...

Estaba a punto de amanecer cuando regresaron al hotel. Era la hora de la brisa suave, refrescante.

El mar apenas se movía.

Giselle abrió las puertas de la terraza de su habitación en el Palmer Palace para respirar un poco de aire puro.

No parecía la misma muchacha desenfadada que sólo pensaba

en divertirse. Había seriedad en su rostro y de ella parecía haber desaparecido totalmente la alegría. Estaba pensativa.

Era el último piso de un edificio de diez plantas. Las terrazas se comunicaban, separadas únicamente por una mampara de cristal.

Se volvió hacia la habitación doble.

Había una cama grande que ocupaba ella sola...

Empezó a desnudarse, hasta quedarse con el biquini. Se dirigió al baño, cuando llamaron a la puerta suavemente.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, Giselle, abre —dijo quedamente la voz de Paul al otro lado de la puerta.

—Un momento —repuso la muchacha.

Entró en el baño y tardó un minuto en salir con un mini albornoz que utilizaba en la playa.

Franqueó la entrada a Paul, que entró con el rostro serio.

—Creí que ya nos habíamos despedido —murmuró ella, mirándole con interés.

—Creo que... no hubiese podido dormir. Es tan tarde ya que... pensé.

—Paul... ¿Por qué no dejas que me tome una ducha tranquilamente y tú vuelves a tu hotel?

—Porque... —Él vaciló.

—¿Qué quieres en realidad, Paul?

—Quedarme aquí.

—¡Oh! Estoy cansada.

—Creí que Giselle no se cansaba nunca.

—Ésta es mi hora de dormir.

—¿Ni siquiera podemos ir juntos a la playa?

—¡Sin sol ni hablar! Anda, vete...

El avanzó hacia la terraza.

Había la lámpara de pie encendida y la apagó. La habitación quedó en la penumbra de cuando despunta el alba con su incipiente y azulada luz.

Se volvió hacia la muchacha y durante medio minuto se contemplaron en silencio. Graves los rostros, parecían estudiarse mutuamente.

Luego él se acercó murmurando:

—Estás preciosa.

Ella permaneció inmóvil. El continuó avanzando.

—Tengo ganas de besarte —siguió el hombre en un susurro.

—Ya me has besado bastante esta noche. ¿No crees?

—Pero ahora...

—No te muevas —exclamó ella.

Él había hundido la mano derecha en el bolsillo del pantalón y continuaba hacia ella situada en el umbral de la puerta del baño.

La joven metió la mano en el bolsillo del albornoz y sacó una pistola automática, calibre veintidós.

—¡No te acerques, Paul! —repitió con energía.

El hombre dejó de andar y frunció el entrecejo.

—¡Giselle!

—Sé quién eres Paul Lafargue.

—¿Qué tú sabes...?

—Sí... Y lo he sabido desde el primer día que te acercaste a mí... Me seguías a todas partes. Y te di facilidades, porque los peligros más vale tenerlos siempre de cara, de este modo no pueden sorprender.

—Creo que te equivocas.

—No. Y estoy segura de que llevas un revólver... ¡Vamos! Levanta las manos. Vuélvete de espaldas.

—Giselle, sigues estando equivocada, yo...

—Tú eres un asesino a sueldo de mi tutor... ¡Vamos, vuélvete!

La actitud conminativa de la muchacha hizo que Paul obedeciera. Separó las manos del cuerpo y se volvió lentamente.

—Si quieres, yo mismo sacaré el arma que llevo —repuso él.

—¡No! Lo haré yo.

Él se volvió.

—Giselle...

—¡Basta! Es mejor que no busques excusas... Sé perfectamente que mi tío quería desembarazarse de mí. Sé que pagó a alguien. Vamos, vuélvete.

Paul obedeció una vez y rápidamente la muchacha hundió la mano en el bolsillo del pantalón del joven, y extrajo el arma que llevaba.

—Está bien —repuso Paul—. Yo no he negado que llevaba un arma, pero déjame que te explique.

—¿Qué vas a decirme? ¿Cuánto te paga para liquidarme? ¿Diez

mil francos nuevos? ¿O acaso se ha sentido generoso y ha puesto un cero de más? Lo sé todo...

—¿Si lo sabes, por qué no avisaste a la policía?

—¿Y qué hubiese podido probar? ¿Una conversación que sorprendí en su despacho? ¿Una llamada telefónica para advertirte que el lunes pasado saldría con el avión hacia Palma de Mallorca? No, Paul. Esto no son pruebas... Él lo habría negado todo, y yo necesitaba desenmascararle.

—Pues éste no es el mejor medio.

—Voy a llamar a la policía ahora, Paul. Te meterán en la cárcel y ya me cuidaré yo de que te devuelvan a París y allí, en nuestra patria, lo aclararemos todo.

Era extraordinaria la serenidad que demostraba Giselle ante un peligro que hubiera hecho temblar a cualquier otra chica. Para ella, todo lo que sucedía parecía tenerlo previsto y estudiado.

—No te muevas —añadió, mientras caminaba sin darle la espalda para dirigirse a la mesilla donde descansaba el teléfono.

—¡Espera! —exclamó él.

—¡Quieto! —repuso ella, accionando la automática. De pronto una silueta asomó en la terraza.

Sonó un disparo.

Ella cayó sobre la cama, mientras la sangre comenzaba a surgir de la herida que acababa de recibir en un costado.

Paul se revolvió y vio fugazmente la silueta que escapaba por la terraza contigua.

Giselle disparó a su vez en el instante en que Paul iba a perseguir la sombra.

La bala hirió el brazo de Paul que trastabilló, mientras ella perdía el sentido y la sangre manchaba ya la colcha de la cama.

Paul reaccionó y fue hacia la terraza.

La silueta había alcanzado la parte superior del cristal y montaba sobre la cornisa del edificio.

La primera intención de Paul fue seguirle, pero pensó en ella y regresó a la cama.

Giselle estaba mal herida.

Paul tomó el teléfono, pero lo soltó enseguida. En el corredor empezaban a oírse voces atraídas por los dos disparos. Fue hacia la puerta y escuchó.

—Han disparado...

—¿Dónde ha sido?

—Creo que la 907.

Los clientes y personal del hotel seguían acudiendo. Alguien comenzó a aporrear la puerta.

—Que avisen a la policía.

En todos los idiomas la gente seguía hablando, chillando...

Paul recuperó su revólver y decidió seguir el mismo camino que había recorrido el agresor.

Saltó a la otra terraza pasando por la parte de fuera de la barandilla.

De pie sobre ella subió a lo alto de la mampara de cristal.

Alguien estaba abriendo la terraza.

Con la precipitación, Paul golpeó con un zapato el cristal, que se rompió sin astillarse.

En un alarde de agilidad ganó la cornisa al tiempo que aparecían los ocupantes de la habitación correspondiente a la terraza.

Paul corría ya por la parte alta del hotel, pasando por entre las sábanas, servilletas y manteles que se secaban al aire.

Oyó que alguien gritaba:

—¡Ha huido por el balcón! ¡Ha huido por el balcón! ¡Está en la azotea!

Y él corría.

No había disparado, pero le hubiese sido muy difícil explicar su presencia allí.

Y además...

Además pensaba en el hombre que había atentado contra la vida de Giselle.

CAPÍTULO III

En la parte trasera del edificio había una escalera exterior a modo de salida de emergencia que llegaba hasta dos pisos más abajo.

Paul pensó que era el camino que había seguido el agresor y se lanzó escalera abajo, que por otra parte era la única salida posible exceptuando la principal.

Al llegar al piso octavo se metió dentro del edificio sin dificultad porque la puerta estaba entornada.

Alcanzó un corredor y corrió a través de él hasta hallarse ante la escalera de servicio.

Los que le perseguían estaban ya en la azotea buscando por entre el flamear de las sábanas y de la ropa tendida.

La policía había sido llamada y un *jeep* acudía al hotel.

Derribada la puerta de la habitación, encontraron a la muchacha desangrándose.

—¡Una ambulancia! ¡Una ambulancia!

Paul seguía bajando apresuradamente.

Tuvo que esconderse cuando oyó rumor de voces. Tomó otro corredor y alcanzó la planta destinada al restaurante. Estaba desierta. Llegó hasta el pasillo central y de allí bajó por la escalera principal.

Al llegar a recepción, el conserje nocturno le reconoció.

Los dos hombres se miraron un instante.

Paul le había dado propina al conserje antes de subir, y el conserje sabía ya lo ocurrido.

No dijo nada, pero le recordó. Paul sabía que aquel hombre sería uno de los testigos en contra suya, a menos... a menos que Giselle se salvara y se hubiese dado cuenta de que la agresión no partió de él.

Paul no dijo nada. Continuó su camino hasta alcanzar la puerta.

Vio el *jeep* de la patrulla a lo lejos y se alejó en dirección contraria, doblando la primera esquina calle arriba.

Corrió rápidamente, lamentando no haber traído el coche que tenía alquilado en la isla.

El *jeep* se detuvo frente al hotel.

El conserje habló rápidamente con los agentes.

Paul había dado la vuelta por la parte de atrás, paralela a la de la playa.

Su hotel estaba en la esquina.

Era una residencia turística y entró por la puerta de servicio, para dirigirse rápidamente a su habitación.

Sabía que tenía los minutos contados para huir, pero lo que más lamentaba en aquellos momentos era no haber podido seguir al agresor.

En un momento tuvo preparado el equipaje. Sobre la mesilla dejó algún dinero y rápidamente volvió a salir por el mismo sitio.

Dos agentes vigilaban ya la calle.

La luz del nuevo día alumbraba perfectamente la zona en aquella hora intermedia de reposo, que significaba el final de las cotidianas juergas nocturnas en breve intervalo para dar paso a quienes iban a la playa a las primeras horas.

Paul fue hacia la esquina donde tenía aparcado su coche. Subió a él y partió rápidamente.

Al cruzar la siguiente calle, otro coche parecía aguardarle, porque al verle pasar su conductor se lanzó rápidamente en su persecución.

Paul dobló a la izquierda y descendió por la pronunciada pendiente hasta el paseo para acelerar en dirección a la autopista.

A través del retrovisor observó que un coche le seguía.

Era un «Seat 600» matrícula de Palma, uno de los coches —igual que el suyo— de alquiler.

Esto le hizo comprender que no se trataba de la policía.

«¡El asesino!», pensó.

No le interesaba que quedaran testigos y por ello le seguía.

Paul sonrió. Por una vez la fortuna le sonreía.

Dejó que el otro continuara detrás suyo y aceleró la marcha.

El indicador azul señalaba el desvío hacia la breve autopista que más allá se desviaba tomando dos ramas, una para dirigirse al

aeropuerto y la otra que seguía hacia el paseo marítimo.

El «Seat» de Paul alcanzó la máxima velocidad.

En breves momentos llegó hasta la salida que conducía al aeropuerto. La enfiló siguiendo con su marcha rápida.

Las ruedas chirriaron al tomar la curva.

El coche seguidor se mantenía a la misma distancia, amenazando con ganar terreno.

Poco después Paul descubrió el edificio del aeropuerto y continuó a la misma velocidad.

Llegado a la explanada volvió a dar gas a fondo, cruzando el aeropuerto de forma relampagueante.

El «600» que le seguía hizo lo propio.

Paul llegó a la vieja carretera de acceso y salida que discurría por delante de la zona militar.

Todo estaba desierto todavía.

Llegó al cruce y dobló a la derecha. Había un desvío a la izquierda que conducía a la carretera de Manacor, pero él siguió por la misma que concluía poco más allá después de una curva.

Se hallaba en la otra parte de las pistas de aterrizaje y despegue de Son San Juan.

La carretera, convertida ahora en camino pedregoso, descendía ligeramente.

Frenó el coche, que quedó oculto detrás de unas rocas.

Había grúas y tractores en las cercanías porque la zona estaba en obras, pero en aquellos momentos nadie trabajaba por lo temprano de la hora.

El hombre que le seguía dobló también hacia la roca y al encontrarse ante el otro coche no le dio tiempo a frenar.

Pisó el pedal y sólo consiguió amortiguar el golpe.

El conductor cayó hacia adelante a consecuencia de la fuerte embestida y su cabeza quedó grotescamente colgada.

El eje del volante se le había clavado en el pecho.

Paul corrió hacia allí revólver en mano.

Pronto comprendió que era demasiado tarde para hacer hablar a aquel hombre.

Apretó los puños contrariado y se cercioró de que su perseguidor había muerto.

Le cacheó.

Llevaba un revólver, modelo «Colt», automático de calibre treinta y ocho.

Se llevó el cañón a la nariz. Olía a pólvora todavía. Se había efectuado un disparo reciente. Lo comprobó por el cargador.

Buscó en los bolsillos interiores para sacar la documentación del hombre.

Leyó:

«Jean Drumon»

La carta de identidad estaba expedida en París.

Tomó nota de las señas domiciliarias del muerto, luego lo dejó todo como estaba.

El encargado de las obras avanzó cachazudamente por entre los desmontes.

Paul entró en su coche para tratar de recuperar su equipaje, pero la puerta se había atascado con el golpe recibido, y el encargado de las obras seguía avanzando.

No quiso perder más tiempo y optó por abandonarlo todo y salir de allí.

Corrió a pleno pulmón por el descampado hasta alcanzar la carretera.

Continuó su marcha rauda durante los tres kilómetros que le separaban de la principal de Palma a Manacor.

Jadeante llegó al cruce.

Estaba bastante lejos y tuvo la suerte de que pasara un autobús y atendiera su señal de parada.

Entretanto, tanto las patrullas como los agentes de la BIC palmesana habían comenzado la persecución.

CAPÍTULO IV

Paul Lafargue era demasiado inconfundible para pasar inadvertido. El conserje le había visto subir, le conocían bien en la residencia que ocupaba, muchos le habían visto acompañando a Giselle por las *boîtes* y en la playa. Por más señas, estaba la casa donde había alquilado su coche, y por fin su huida tras el disparo de que fue víctima Giselle.

Todas las pruebas estaban en contra suya y su descripción había sido facilitada con todo detalle tanto en el aeropuerto como en las distintas estaciones marítimas.

Huir de una isla resulta bastante difícil, a menos que la suerte acompañe al que pretende hacerlo.

Y Paul deseaba hacerlo, puesto que fallecido el agresor de Giselle, ya nada podía hacer allí.

Lo único que sí podía era tratar de averiguar cómo se encontraba la muchacha.

Llamó por teléfono desde una cabina pública, pero le contestaron:

—Lo siento, señor. Tendrá que venir personalmente. ¿De parte de quién?

Colgó.

El periódico de la tarde anunciaba el suceso, por él pudo enterarse Paul de que la muchacha estaba muy grave y se dudaba de su salvación. El nombre que daban los diarios, sin embargo, no era el de Giselle puesto que el pasaporte estaba a nombre de Yolande Durand.

Paul salió de la cabina de la plaza de España, desde la que había telefonado y tomó un taxi.

—Lléveme a la Jefatura de policía —pidió.

—Sí, señor.

El taxi se puso en marcha. Tenía que dar un rodeo por

exigencias de la circulación.

Paul iba pensativo. El chófer le observaba a través del retrovisor. Tenía el periódico de la tarde con la foto que había aparecido.

Era un retrato que encontraron en su equipaje que había tenido que dejar en el coche.

En la información del diario de la noche se hablaba por boca de los testigos que habían visto aquella impresionante persecución de los automóviles, y se llegó a la conclusión de que eran los que posteriormente colisionaron a resultas de lo cual murió un súbdito francés.

Naturalmente los motivos de la persecución se ignoraban, pero se había averiguado ya que uno de los automóviles era el que Paul había alquilado para su estancia en la isla.

El chófer seguía escudriñando a su pasajero.

Paul estaba pendiente de sus propios pensamientos.

De pronto cambió de opinión con respecto a la ruta a seguir y ordenó al chófer:

—Pare aquí mismo.

—No hemos llegado todavía.

—¡Le he dicho que pare! —exclamó, chapurreando el castellano.

El conductor frenó el taxi. Paul le entregó una moneda de cinco duros y salió del vehículo sin esperar la vuelta.

Desapareció por una calle, mientras el chófer que le había reconocido proseguía el viaje hasta el puesto de policía.

Quien haya estado en Palma de Mallorca durante el verano sabe que la ciudad es a todas horas un desfile constante de gente.

Se llenan las terrazas de los bares del paseo del Borne, las cafeterías de los alrededores, los bancos están repletos de gente que descansa tomando el fresco bajo los frondosos plátanos y el deambular sigue y sigue en la hora grata del crepúsculo.

Como un turista más, Paul bajó por el Borne hasta alcanzar el paseo de Sagrera y de allí enfiló hasta los muelles deportivos.

Se detuvo frente al yate *Marina II*.

Cruzó la pasarela y saludó al marinero que estaba en la toldilla de popa.

—¿Está Henry?

—Ahajo.

—Gracias, conozco el camino.

Bajó la breve escalera hasta el salón interior.

Henry Lamoureux, de edad similar a la de Paul, estaba preparándose un *whisky*.

—Llegas a punto. Se nota que te apetece un buen trago.

—Doble si puede ser y con bastante hielo.

Henry, en *short* y *niky*, sirvió el *whisky* a su amigo, que había tomado asiento en una butaca. Sobre la mesa había un ejemplar donde se veía la fotografía de Paul.

—¿Desde cuándo compras periódicos españoles?

—Es que has salido muy fotogénico. Quiero guardarlo como recuerdo.

—Bueno, esto ahorrará explicaciones —repuso Paul, tomando el *whisky* que el otro le ofrecía.

—¿Vienes a pedirme que te saque de aquí?

—Lo has adivinado.

—Bueno... que yo sepa, tú no te dedicas a disparar contra las chicas...

—No.

—Bien... Si se trata de un trabajo profesional, ¿por qué no lo cuentas a la policía?

—Se trata de un trabajo profesional, pero... no estoy muy satisfecho de mí mismo.

—¿Sabes algo de ella?

—Está bastante grave. Todavía no se ha recuperado. Es lo que dice el periódico. No dan información por teléfono.

—¿Y por qué no...?

Paul le atajó rápidamente:

—No, Henry... Hay mucho que hacer en este caso. Te lo contaré mientras me llevas a Ibiza.

—¿A Ibiza?

—Desde allí me será más fácil huir. No creo que hayan dado mi descripción. Ignoran que tengo un amigo que posee un yate. Además, no tengo mucho dinero, y no puedo firmar talones, ni entregar *travellers* con mi nombre.

—Por lo del dinero no te preocupes, pero el viajecito...

—¿Tienes el despacho de salida?

—Claro.

—Puedes hacerte a la mar cuando quieras.

—Sí, sí, pero... Tenía otros planes.

—Aplázalos, te lo ruego.

—Lo malo de ti, Paul, es que no tienes bastante con meterte en líos que luego complicas a los demás.

—Hoy por ti, mañana por mí.

—¿Por qué diablos te metes en estos asuntos? Tú no necesitas ser detective para vivir.

—Me gusta hacerlo. Tengo una licencia y disfruto con este trabajo. Sobre todo cuando surge algo apasionante.

—Faldas.

—Son apasionantes —sonrió él.

—Y dejas que asesinen a tus protegidas.

—Ella vive todavía.

—De milagro.

—Hay dos razones por las que no quiero decir la verdad a la policía, Henry... Anda, prepara todo para marchar.

—Hummm. Hoy por ti, mañana por mí... Bueno. No soy un desagradecido. Me sacaste de un lío en Montecarlo hace un par de años. Iremos a Ibiza.

CAPÍTULO V

El yate navegaba por un mar tranquilo, inmóvil como una balsa de aceite.

Henry y Paul se hallaban acodados en la mesa.

Hasta ellos llegaba la música del estereofónico que manejaba una muchacha de nacionalidad sueca que estaba tendida en una hamaca en la popa.

Paul proseguía el relato que había empezado poco antes. Henry escuchaba con mediano interés.

Giselle sospechaba que su tutor quería quitarla de en medio...

Y mientras Paul hablaba de la iniciación de aquel caso, otra persona recordaba entre brumas todo lo ocurrido.

Era Giselle, en el hospital. Inconsciente todavía y recibiendo todos los cuidados.

Su subconsciente trabajaba y ella, como si todos sus recuerdos estuvieran envueltos en una densa niebla, pensaba, pensaba...

Las ideas se confundían en su mente dormida y los personajes que desfilaban por su imaginación aparecían deformados.

Pero estaban «allí» delante suyo.

«Oía» mentalmente sus voces.

Y recordaba, recordaba...

¿Cómo había empezado todo?

Giselle, una Giselle distinta, rubia, de ojos verdes inconfundibles y silueta ondulante, había escuchado la conversación telefónica que sostuvo su tutor.

Él decía:

—Sí... Esta noche. Donde quedamos. De acuerdo. Iré.

No dijo más, y en cualquier otra ocasión, Giselle ni se hubiese percatado de que aquello podía significar un posible peligro para ella.

Pero llevaba tiempo sospechando.

Su tutor jamás le daba cuenta de algunos negocios en los que ella tenía participación directa. Ocultaba deliberadamente asuntos por los que ella empezaba a mostrar su interés, y el recelo que Giselle comenzó a sentir se vio correspondido por el de su tutor.

Empezó a sentirse espiada y un día...

Mezclando los recuerdos, la enferma recordó haber sido víctima de un atentado que revistió formas de accidente.

Un coche estuvo a punto de atropellarla. Aquello le hizo entrar en sospechas.

Un cúmulo de circunstancias, siempre secundadas por la imaginación de Giselle, le llevó a ver en su tutor a un criminal en potencia.

Y partiendo de esa última llamada, Giselle invirtió los papeles y aquella noche siguió a su tío.

Bueno. No fue ella quien le siguió. No fue Giselle, sino Yolande Durand.

Yolande, la del pelo largo, negro, brillante, la de las largas pestañas, la de los ojos pardos.

A Yolande no la conocía su tutor y ella aceptó el encargo que la llevó a un bar de mala nota, cerca de Pigalle.

Allí la confundieron con una de las muchas mujeres de la calle y hasta le agradó.

El tutor de Giselle habló con un hombre en un reservado. Y hablaron claramente de Giselle.

«—Sé que tiene que ir a Palma de Mallorca —dijo Lacarte.

»—¿Cuándo? —preguntó la voz sibilina del asesino a sueldo.

»—No lo sé. Encargue el pasaje. Le avisaré en cuanto me entere.

»—Todo saldrá bien.

»—Quiero un trabajo perfecto.

»—Esto corre de mi cuenta».

Poco más se dijo. A Lacarte no le interesaba que nadie pudiera verle allí y se escabulló por una puerta trasera.

Yolande llevaba en su bolso una máquina de retratar diminuta, japonesa, no necesitaba *flash* para sacar fotografías. Quería sacar una del asesino para mostrarla a Giselle.

No la pudo conseguir.

El hombre pagado por Lacarte desapareció por otra salida; cuando ella alcanzó la calle sólo pudo ver el auto en el que el

hombre huyó.

Luego, las dos amigas conversaron.

—Lo siento, Giselle. No te he hecho un buen servicio.

—Ya lo creo que lo has hecho... Ahora tengo la prueba, pero no puedo acudir a la policía. Lacarte lo negaría todo.

—Yo podría testimoniar.

—No... Encontraría algún medio para salir del atolladero. Mi plan es mejor... Quiero que el hombre al que Lacarte ha pagado confiese...

—Pero esto es muy peligroso.

—Me gusta el riesgo. Será como una aventura... Me fijaré en quién me sigue.

—¿Por qué no alquilas un detective privado? Él puede ayudarte...

—No. Quiero hacer esto sola. Demostraré a Lacarte que no soy tan inútil como él cree. Dice que no sirvo para nada. Bien... Yo le demostraré que valgo más de lo que cree y que a mí no puede engañarme.

—Deberías meditarlo bien.

—Ya lo he meditado.

—¿Y cuándo piensas marchar?

—Tardaré algún tiempo. Pero lo anunciaré a mi tío con antelación para que de tiempo a su asesino a... comprar el pasaje.

Luego, Giselle siguió consolidando el plan que mentalmente se había trazado y lo expuso a Yolande.

—He visto una peluca con un pelo idéntico al tuyo. Haré que la peinen como tú sueles ir... Y tengo quien me facilitará unas lentillas de color, con el color de tus ojos, y unas pestañas más largas... Ahora sólo falta que tú me dejes tu pasaporte.

—Pero...

—Sí, mujer. Quiero hacer sufrir a Lacarte. Quiero que él me vea con los postizos y me gustará ver su desespero por llegar a tiempo a avisar a mi asesino para decirle que mi rostro es diferente, porque seguramente le habrá dado una foto mía.

—Esto no lo han dicho —repuso Yolande.

—De todos modos, el asesino me conoce rubia.

—Seguramente.

—Bien, todo esto servirá para acumular pruebas... Verás mi

idea... —Y Giselle siguió desbordando imaginación—. Cuando Lacarte sepa que viajo con pasaporte a nombre de Yolande Durand y que mi pelo es negro y mis ojos no son verdes sino pardos, lo más probable es que llame por teléfono.

—¿Y qué?

—La conversación quedará grabada. De eso me ocuparé yo de que todo lo que diga quede registrado sin que él se entere. Esas cosas, ahora, son muy fáciles.

Giselle continuó con fruición explicando el plan.

—Pero supongamos que Lacarte decide ir personalmente a Orly, entonces bastará con que le sigas, y saques fotografías de su coche y de cuando hable con el asesino.

—¿Qué más?

—Si se me ocurre algo más ya te tendré al corriente. Quiero cazarle bien cazado. Que no tenga escapatoria. Tengo derecho a ello, ¿no? Quiere asesinarme para quedarse con todo mi patrimonio... Pues sabrá quién es su ahijada...

En el hospital, los recuerdos de la herida se confundían con otras escenas. Le acudían a la mente frases sueltas, hechos, circunstancias que surgieron durante la última semana que estuvo en París antes de emprender el viaje.

Y entretanto en el yate, el detective privado Paul Lafargue estaba a punto de poner término a su relato.

Henry, el dueño del yate, interrumpió:

—¿De modo que tú no tenías que cuidarte del caso?

—Pues no. Encargaron del asunto a Laurent.

—No sé quién es.

—Se trata de un buen amigo, pero el destino le jugó una mala pasada cuando nos dirigíamos al aeropuerto. Era ya algo tarde y Laurent pisaba a fondo el acelerador. De pronto en un adelantamiento vino el accidente. Laurent pudo evitar que las consecuencias fueran mayores, pero salió con brazo y una pierna rota y supongo que algunas costillas magulladas. Me pidió por favor que le sustituyera, y no pude negarme. Se trataba de un caso de vida o muerte. Una muchacha joven y bonita estaba en peligro. Había que guardarle las espaldas...

—Unas espaldas preciosas.

—Las espaldas y todo lo demás.

—Claro, y tú accediste.

—¿Qué podía hacer? Lo malo es que no he podido evitar lo ocurrido en el hotel...

—Pero cuando se pierde hay que reconocerlo.

—No, Henry... En este asunto lo principal es desenmascarar al tutor de la muchacha.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Si aviso a la policía será tanto como poner en guardia a Lacarte. Quiero atraparlo.

—¿Cómo? Si el hombre que él pagó está muerto, ya nadie podrá atestiguar en contra suya.

—Le tenderé una trampa.

—¿Una trampa?

—Sí, Henry. Si él se ha enterado por los periódicos que el asesino ha muerto, yo me haré pasar por un amigo suyo. Fingiré un chantaje. Él tiene que creer que yo soy un granuja dispuesto a delatarle... Ésta será la encerrona, pero esto tengo que hacerlo por mi cuenta.

—Con la policía pisándote los talones —repuso el dueño del yate.

—Confío en poderle desenmascarar antes de que consigan detenerme.

—¿Piensas ir a Francia?

—Desde luego.

—¿Y por dónde quieres entrar?

—Ya encontraré el medio.

La travesía continuó con un mar plácido, en calma total.

CAPÍTULO VI

París, primeros de setiembre de 1971

Paul Lafargue tuvo que hacer un largo recorrido para eludir a la policía.

En Ibiza no había tenido dificultades, pero tomar un avión que le llevara a Francia suponía tener que mostrar el pasaporte en la frontera y por tanto un riesgo de ser descubierto.

Optó en principio por trasladarse a Londres y de allí saltó a Suiza. Alquiló un automóvil y pasó la frontera sin dificultades, mezclado con los turistas procedentes de Alemania que se dirigían a Francia, o a España. Nadie le pidió los documentos y tras enterarse por los periódicos que con los días transcurridos la Prensa ya no parecía ocuparse del caso, llegó a París.

Tomó habitación en un hotel de los que no piden documentos, pagó por adelantado y una noche regresó a su domicilio, cuando nadie podía verle, para recoger lo que más precisaba.

Su amigo, el detective Laurent, seguía en el hospital. Acudió a verle.

Laurent ocupaba una habitación individual y pudieron hablar tranquilamente.

—Sabía que vendrías. Estaba ansioso de conocer noticias de primera mano. ¿Qué ha ocurrido?

—La chica creyó que yo era el asesino pagado por su tutor. Me dejé sorprender como un idiota y ocurrió lo que ya habrás leído por los periódicos.

—Pero la policía te busca. Creí que habrías ido.

—Tengo otro plan... —Y rápidamente explicó a su amigo lo que se proponía.

—Pero esto es muy arriesgado.

—Lo sé, pero no me importa. Pienso seguir adelante.

—Me gustaría ayudarte. ¡Maldita sea! También es estar de desgracia que a última hora me hubiese ocurrido esto.

—Crees que cuidándote tú de la chica las cosas habrían ido mejor, ¿no es esto?

—No he querido ofenderte, Paul.

—No. No puedo ofenderme. Fallé, y esto todavía ignoro si ha costado la vida a la muchacha o no. Es una espina que tengo clavada. Pero el hombre que pagó para que la mataran quedará desenmascarado.

—¿No sabes nada de Giselle?

—En absoluto. Los periódicos que he leído hasta ahora no han vuelto a hablar del asunto.

—¿Cuándo esperas empezar con el plan?

—Ahora mismo. Escribiré una carta a Lacarte.

—Ojalá tengas suerte.

—La tendré —aseguró Paul, optimista.

De regreso al hotel pergeñó unas líneas con letra mayúscula y las dirigió a André Lacarte.

Puso escuetamente:

«MI AMIGO JEAN DRUMON HA MUERTO. TENDRÁ
QUE INDEMNIZAR SU MUERTE.

»RECIBIRÁ NOTICIAS MIAS.

»UN AMIGO COMÚN».

Jean Drumon era el asesino a sueldo muerto en el accidente. Para que Lacarte lo entendiera bastaba.

Metió la nota en un sobre y por la noche fue personalmente a la residencia del magnate y lo depositó en el buzón. Inmediatamente regresó al hotel de mala nota donde había instalado su residencia provisional.

Aquella noche se dedicó a descansar sin preocuparse de nada más.

El comisario Malraux se secó el sudor que perlaba en su frente y volvióse hacia su visitante.

—Lo siento, señor Lacarte. No puedo darle noticias de su ahijada. Durante este tiempo se ha investigado sin descanso. La

señorita Giselle no aparece por ninguna parte. Seguiremos buscando. Si entretanto usted pudiera darnos alguna pista... Algo que se le hubiese olvidado decir...

Lacarte quedó un momento pensativo.

En aquellos momentos representaba —como desde que inició aquel caso— una perfecta comedia.

Lacarte sabía que el asesino había actuado, pero él no podía relacionar el nombre de Yolande Durand con el de su ahijada, y por otra parte necesitaba saber si la muchacha internada en el hospital de la isla de Mallorca seguía viva o estaba muerta.

Se arriesgó fingiendo que lanzaba un tiro al azar.

—Se me ha ocurrido —dijo meditando bien las palabras— que Giselle a veces solía utilizar nombres supuestos. Era una especie de manía.

—¿Y cuáles eran esos nombres que solía utilizar?

—¡Oh! Los variaba con frecuencia.

—Entonces la cosa sigue resultando difícil.

—Comisario, he pensado que... Bueno, es una suposición remota... Hace un par de semanas leí que una muchacha francesa había sido víctima de un atentado en Mallorca, España... ¿Han averiguado algo al respecto? Digo que es una simple suposición. Es decir... puede existir una remota posibilidad. Dios no lo quiera.

—Hummm. Yo también leí algo, déjeme que recuerde el nombre... No... No consigo acordarme. Tal vez el inspector Sorel... —le llamó a través del interfono.

Sorel estaba en su despacho y acudió rápidamente.

—Sorel —dijo el comisario—, ¿recuerda cómo se llamaba la muchacha que sufrió el atentado en Mallorca?

—Sí. Yolande Durand. ¿Por qué? ¿Tiene algo que ver...?

—El señor Lacarte ha insinuado la posibilidad de que su ahijada utilizara otro nombre.

—¿Y otro pasaporte? —sonrió Sorel.

—¿Qué dice a esto, señor Lacarte? —inquirió a su vez el comisario.

—Bueno, no sé...

—¿Se sabe algo de este asunto, Sorel? —volvió a preguntar el comisario a su subordinado.

—Pues sí. Se sabe que hasta el momento nadie se ha preocupado

de esa muchacha... Puede que no tenga familia o que resida en algún pueblo y todavía no se hayan enterado. De cualquier forma, alguien tiene que conocerla.

—¿Por qué no averiguan ustedes algo al respecto? —preguntó Lacarte, entrando poco a poco en el asunto, pero procurando no comprometerse demasiado.

—Tendremos en cuenta su sugerencia —prometió el comisario.

—Gracias... Gracias.

—Es nuestra obligación servir a los contribuyentes. Por eso estamos aquí.

Lacarte se volvió hacia la puerta, pero aún tenía una pregunta para hacer.

—¿Vive... esa muchacha?

—¿Yolande Durand? —inquirió el comisario.

—Sí.

—Pues no lo sé.

Miró a Sorel, que se encogió de hombros.

—No lo sabemos —repitió el comisario Malraux—, pero se averiguará todo lo posible.

—¡Un momento! —exclamó Sorel—. Creo que nos enviaron una foto. Suele hacerse en estos casos. Espere.

Sorel desapareció para volver al cabo de un par de minutos. Llevaba una ampliación en la mano.

La mostró a Lacarte, diciendo:

—No vale la pena hacer ninguna gestión. Como usted mismo puede comprobar, no concuerda en nada de la descripción y fotos que nos facilitó de su ahijada.

No. En la foto Lacarte tuvo que reconocer que aquella muchacha no se parecía en absoluto a Giselle, excepto en que era joven y muy hermosa.

¡Pero él sabía que aquello era un disfraz!

¡Sabía que era Giselle!

—Desde luego, parece distinta... Pero no sé... encuentro algunos rasgos familiares... Si fuese rubia... Hoy cuesta poco teñirse el pelo, o usar peluca...

Sorel cambió una mirada con el comisario, que asintió con la cabeza.

—Bien, no estará de más hacer unas cuantas consultas a través

de la Interpol. Veremos lo que nuestros colegas españoles tienen que decirnos.

Lacarte salió del despacho y el comisario Malraux, secándose nuevamente el sudor, comentó:

—Parece que va civilizándose. Hoy no ha lanzado ni un solo grito. Ni una amenaza.

Sorel sonrió y salió del despacho.

El detective llamó desde una cabina pública.

Era cerca de mediodía y Lacarte estaba en su oficina de regreso ya de la comisaría.

—Es para usted, no ha querido dar su nombre —dijo la secretaria de Lacarte, pasándole la comunicación a través de la centralita del antedespacho.

—No estoy para nadie —repuso Lacarte autoritario.

—Perdone que insista, señor. Ha llamado ya otras tres veces. Ha insistido mucho en que se trataba de una cosa urgente con relación a su... ahijada.

—¡Páseme la comunicación!

Lacarte tomó el auricular.

—¿Con quién hablo?

—Creo que ya lo supone usted —repuso Paul.

—Oiga. No estoy para bromas. ¿Quién es usted?

—¿No ha recibido mi nota?

—¿Qué nota?

—Anoche metí personalmente una nota en el buzón de su domicilio particular.

—No sé de qué me habla.

—Le aconsejo que no se haga el tonto, Lacarte. Yo lo sé todo. ¿Comprende?

—¿Qué?

—Volveré a llamarle cuando esté dispuesto a concertar una cita conmigo para hablar del asunto.

Paul colgó.

Lacarte recordaba que aquella mañana había salido con la idea fija de ir al puesto de policía y no atendió el correo que la servidumbre había dejado en su despacho particular.

Abandonó la oficina con una orden:

—Tengo que salir urgentemente, Si hay algo importante estaré

en mi casa.

La secretaria tomó nota y Lacarte salió precipitadamente.

Poco después leía la nota.

—Chantaje —pensó en voz alta.

No se movió de su casa. Esperaba una nueva llamada. Paul la efectuó a las cuatro de la tarde desde otra cabina.

—¿Se le ha refrescado ya la memoria, Lacarte? —preguntó con ironía.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre no importa. Era amigo de Jean Drumon. El hombre al que usted pagó para que realizara cierto trabajo en Mallorca.

—¡No sé de qué me habla!

—Sí lo sabe... Y la policía se enterará pronto si no se vuelve usted más razonable, Lacarte. Tengo pruebas.

—¿Pruebas?

—Verá usted... Jean Drumon era persona muy desconfiada. Sabía que algunos compañeros habían sido eliminados tras realizar trabajos comprometidos. No se fiaba de nadie y menos de usted. Así que... grabó la conversación que sostuvieron ustedes cuando planearon el... «asunto». Tiene un magnetófono en miniatura. Uno de esos juguetitos que inventaron los japoneses y ahora fabrican los americanos en gran escala... ¿Quiere que siga?

—No me gusta hablar de ciertas cosas por teléfono. Le veré a usted...

—De acuerdo... Supongo que querrá comprarme la grabación.

—Primero me gustará oírla.

—Por supuesto, Lacarte, por supuesto, pero si le interesa comprarla venga preparado. Su precio son cien mil francos. Nuevos.

—¿Está usted loco?

—No. Simplemente tengo prisa por hacerme rico. Todos no nacen con su suerte, Lacarte. Le llamaré más tarde para concretar el lugar de la cita.

—¡Espere!

Pero Paul colgó.

Salió de la cabina y entró en un bar.

Mientras tomaba un *whisky* pensó en el asunto.

Había mentido con respecto a lo de la conversación grabada, pero aquello resultó un medio eficaz para interesar a Lacarte. Ahora venía la segunda parte. Lacarte no se dejaría atrapar tan fácilmente si olía la trampa.

Paul, de regreso al hotel sacó el pequeño magnetófono con el que había grabado las dos conversaciones sostenidas con Lacarte.

Lo puso en marcha y centró toda su atención en la voz del tutor de la muchacha.

Permaneció durante bastante tiempo escuchando la entonación, grabando en su mente la forma de pronunciar cada una de las palabras.

Luego intentó imitarle.

No era difícil, pero en los primeros intentos la diferencia resultaba bastante notable.

Necesitaba escuchar más palabras.

—Debo verle —pensó en voz alta—. Sí... Y grabar más cosas estando cerca de él. Es necesario.

Iba a tomar el teléfono cuando éste comenzó a llamar.

Tomó el auricular.

—¿Quién es?

La voz del patrón respondió de mala gana:

—Tiene una llamada del exterior. ¿Se la paso?

—¿De dónde proviene?

—Ha dado el nombre de Laurent.

—Sí, pásemela —respondió.

¿Qué podía querer su amigo el detective? Sabía que si llamaba era por algo importante, pues de lo contrario no lo hubiese hecho.

—Dime, ¿qué hay?

—Escucha... He recordado un dato que puede interesarte con respecto a Lacarte.

—¿Qué es?

—Mejor que vengas personalmente. Mañana.

—De acuerdo. Por la mañana.

—Hasta la vista —repuso el detective.

Paul colgó también.

Al margen de lo que Laurent pudiera decirle, él quería seguir adelante con su plan.

CAPÍTULO VII

En París, como en todas las ciudades importantes se puede comprar casi todo lo que se desea tanto de día como de noche, a cualquier hora.

Paul consiguió un magnetófono de reducidas dimensiones con la cinta correspondiente.

Se trasladó nuevamente a su hotel y comenzó a grabar. A medianoche llamo de nuevo al domicilio de Lacarte.

—¿Por qué ha esperado tanto? —Gruñó Lacarte.

—¿Ha averiguado por casualidad si su teléfono está intervenido, señor Lacarte? —inquirió.

—¿Por qué tiene que estar intervenido?

—Coja el coche y salga de su casa. Vaya solo y observe si le siguen... Si no va nadie detrás de usted, siga adelante.

—¿Hacia dónde?

—No se preocupe. Cuando me convenga nos encontraremos.

—¿Tiene el magnetófono? —preguntó Lacarte.

—No pensaré que lo llevo encima a todas horas. Tiene demasiado valor. Simplemente quiero hablar con usted para concretar la cita definitiva.

Colgó seguidamente sin darle opción a replicar.

Lacarte ahogó una maldición y miró a través del ancho ventanal de su despacho.

La calle aparecía desierta. Podía verla a través del pequeño jardín de la parte delantera del edificio, ocupado totalmente por la soberbia casa, propiedad de Giselle, pero como todos los bienes de la muchacha, administrado por Lacarte.

Salió con el coche que sacó del garaje contiguo a la entrada principal y enfiló la calle por el lado izquierdo.

Miró a través del retrovisor sin observar ningún vehículo que le siguiese.

Al cruzar por la siguiente esquina observó el auto matrícula de Suiza.

Al principio tuvo un sobresalto, pero enseguida el conductor del vehículo le hizo varias señales con la luz y Lacarte dedujo que se trataba de quien él creía un chantajista.

Lacarte siguió conduciendo seguido siempre a corta distancia de Paul.

Cruzaron medio París hasta el barrio latino.

Paul había tomado ya la delantera para indicar el camino que Lacarte debía seguir.

—Suba a mi coche —dijo Paul.

Lacarte dejó estacionado el suyo y obedeció al detective, que inmediatamente puso el vehículo en marcha.

—¿Qué comedia es ésta? —espetó, mientras el joven conducía.

—No es ninguna comedia, se lo aseguro. Y como me gusta hablar sin ambages le diré claramente que si no acepta mis condiciones diré a la policía que usted pagó para que mataran a su ahijada.

—¿Dónde tiene esa cinta?

—Se la daré mañana a cambio de cien mil francos nuevos.

—Está bien. Si los vale los pagaré. ¿Ella... vive?

—Lo ignoro, Lacarte, pero viva o muerta las cosas no varían. Si vive, su cuello estará a salvo, pero nadie le librará de la cárcel si la policía se entera; y si Giselle muere, le cortarán la cabeza a usted. En ambos casos cien mil francos es un buen precio por una vida, sobre todo si la vida que se compra es la propia.

—Bien, pero insisto en querer oír esa cinta.

—Descuide.

—¿Dónde quiere que nos encontremos?

—En la Torre.

—¿Eh?

—En la Torre Eiffel, como dos turistas. Mañana a mediodía... Habrá gente, como de costumbre. Esto nos ayudará a pasar inadvertidos.

—De acuerdo. Allí estaré. No se olvide de la cinta.

—Ni usted del dinero.

—Descuide. Ahora lléveme hasta mi coche.

Ya no volvieron a dirigirse la palabra ni siquiera para

despedirse.

Cuando Paul quedó a solas con su coche de matrícula suiza, regresó al hotel.

Se tendió en la cama y se dispuso a dormir.

A la mañana siguiente le despertaron unos golpes vio lentos en la puerta.

—¡Abra, soy yo! —dijo la voz del patrón.

Apenas Paul le había franqueado la puerta, el dueño del hotel echó el periódico sobre la cama, mientras decía:

—Tendrá que largarse, amigo. No quiero publicidad para mi hotel.

Paul frunció el entrecejo y se volvió hacia el periódico.

En un ángulo de la primera página vio su fotografía. La misma que había aparecido en Mallorca a raíz del atentado contra Giselle.

—Pero... —empezó.

—Está claro que es usted, ¿no? Pues coja sus cosas y lárguese.

¡Habían removido el asunto otra vez!

Se vistió apresuradamente y salió a la calle.

Condujo su coche hasta su domicilio para echar una ojeada y vio a dos parejas de gendarmes rondar por los alrededores.

¡Le buscaban!

Le buscaban y su fotografía estaba en la calle. París sería insuficiente para esconderse.

¿Qué es lo que había ocurrido?

Malraux o acaso Sorel, de la Sûreté hubiesen podido darle una respuesta.

En aquellos momentos lo estaban comentando.

—¿Quién ha dado la noticia a los periódicos? —espetaba Malraux de mal talante.

—Seguramente la misma persona que aseguró que el que trató de matar a Yolande Durand en Palma de Mallorca, había logrado eludir la vigilancia y se encontraba en París.

—¿Y quién llamó?

—Según el agente que tomó el recado, era una voz de mujer que naturalmente colgó enseguida y no pudo ser localizada la llamada.

—Últimamente somos los últimos en enterarnos de todo —gruñó de nuevo el comisario.

—Procuraremos detener a ese hombre. Se llama Paul Lafargue.

Hemos averiguado ya algunas cosas... Tales como que no necesita vivir para trabajar y que tiene licencia para ejercer como detective privado. Lo que no resulta nada claro son los motivos que pudo tener para atentar contra la vida de esa muchacha.

—¿Se sabe si está viva?

—Sí, comisario. Yolande Durand sigue viva. Se ha recuperado algo, pero sigue en el hospital. Tardará todavía bastante en abandonarlo. Por cierto, he pedido que nos sea facilitado un informe completo, con carácter urgente.

—De acuerdo. Y entretanto intenten detener a ese individuo.

—La casa está vigilada, pero el conserje asegura que desde que se marchó el mes pasado no ha vuelto.

—Bien. Consiga una orden para entrar en la casa.

—Ya está pedida, señor.

Eran las diez de la mañana, cuando con bigote, patillas y cabello postizo. Paul entró en el hospital; con su fotografía en la calle no podía arriesgarse.

Fue directamente a la habitación donde se encontraba Laurent sin ser molestado.

—¿Eh? ¿Quién...? —empezó el detective—. ¡Oh, eres tú! —sonrió adivinando quién se escondía detrás de los postizos.

—¿Has visto los periódicos?

—Sí. Me los traen cada mañana. Mal asunto, Paul.

—Espero que con este maquillaje consiga despistar.

—Desde luego estás desfigurado, distinto de la foto, pero tienes que ir con cuidado, aun así podrían reconocerte. Lo primero que hacen es preguntar en hoteles como el que te hospedas.

—¡No podía ir al Palace!

—De acuerdo, de acuerdo.

—Bueno, suéltalo.

—¡Sainte Enimie! —exclamó el herido.

—¿Qué?

—Un pueblo llamado Sainte Enimie. En La Lozère. Éste es el sitio donde tenían que encontrarse Lacarte y su cómplice, una vez éste hubiese liquidado a la chica.

—¿Cómo lo sabes?

—Giselle oyó cómo Lacarte se lo decía a Drumon. Que «Una vez todo hubiese terminado se reuniría en el hotel del Tarn, en Sainte

Enimie». Este dato puede serte vital si pretendes desenmascarar a ese hombre.

—Bien. No está mal. No está nada mal. Esto simplificará las cosas —y sacó el magnetófono que había comprado la noche anterior.

—¿Qué es esto? —preguntó Laurent.

Por toda respuesta Paul lo puso en marcha y la conversación sostenida la noche anterior fue reproducida.

—La voz de Lacarte. Trataré de imitarla. Bastarán algunos párrafos sueltos. Tendré que improvisar algo. Breve, conciso. Lo suficiente para que Lacarte pique el anzuelo. Y cuando le hable de Sainte Enimie quedará convencido del todo.

—Hotel del Tarn. Recuerda.

—Sí, desde luego... —Y Paúl quedó pensativo.

—¿Qué pasa?

—Pensaba en esa otra chica.

—¿En cuál?

—En Yolande... la muchacha que dio su pasaporte a Giselle. Es raro que no haya dado señales de vida. Los periódicos dieron la noticia de lo ocurrido en Palma de Mallorca.

Laurent se encogió de hombros.

—Si pudiera hablar con esa chica... Ella seguramente me daría más detalles. ¿No sabes dónde vive?

—Lo ignoro.

—Es extraño —siguió pensativo Paul.

Laurent guardó silencio.

—En fin... Trabajaré con lo que tengo. Hasta pronto Ya recibirás noticias mías.

Y Paul salió del hospital.

Su bigote, sus patillas y la peluca negra le daban un aire distinto a su aspecto habitual.

Unas gafas negras le ayudaron, ya en la calle, a pasar inadvertido.

Y a las doce en punto...

CAPÍTULO VIII

A las doce en punto, Lacarte estaba en lo alto de la Torre Eiffel.

Había algunos turistas que soltaban las exclamaciones de costumbre al contemplar el bello panorama de la capital de Francia desde lo alto de la famosa atalaya.

A Lacarte el panorama no le importaba ni poco ni mucho. Estaba allí contra su voluntad y sólo deseaba terminar de una vez con aquel maldito asunto.

Consultó nerviosamente su reloj.

Paul se retrasaba.

Aguardó hasta quince minutos y con visible mal humor y mal disimulada impaciencia abandonó la espera.

Regresó a su casa.

No había leído los periódicos de la mañana todavía a causa del ajetreo que llevaba.

Lo primero que vio al tomar uno de ellos fue la fotografía de Paul Lafargue.

Debajo del retrato seguía una nota informativa:

«Éste es Paul Lafargue, supuesto agresor de Yolande Durand, súbdita francesa que se alojaba en un hotel de Palma de Mallorca, en España.

»A Paul Lafargue se le supone en París, ignorando de qué medios se valió para poder entrar en Francia...»

La información seguía refiriéndose a la muchacha:

«Palma de Mallorca, urgente. —Noticias de última hora confirman que Yolande Durand todavía no se ha recuperado de las graves heridas que recibió durante sus vacaciones, de las que se supone fue autor Paul

Lafrage. Se teme por la vida de la joven...»

Así fue cómo Lacarte se enteró de ambas noticias Pensó en Giselle.

Estaba en peligro de muerte.

Recordó las palabras de Paul.

«Si ella muere le cortarán la cabeza, señor Lacarte». Y empezó a temer seriamente a Paul.

Si la policía le buscaba es porque de un modo u otro podía estar implicado en el asunto.

Maldijo mentalmente a Drumon.

«Me llamará por teléfono», pensó.

Comprendió que el motivo por el cual Paul no había acudido a la cita de la Torre era a causa de aquel retrato aparecido en los periódicos.

Y, entretanto. Paul estaba intentando con mejor éxito imitar la voz de Lacarte.

Lo comprobó con la grabación que tenía de la noche anterior y de las llamadas telefónicas, con la imitación que había hecho en el nuevo magnetófono adquirido.

Repetía:

—Hotel Du Tarn, en Sainte Enimie.

De momento bastaba con esto. Pocas palabras, un simple detalle podía ser suficiente.

Repetió una y otra vez frases enteras pronunciadas por Lacarte. Borraba continuamente y volvía a empezar.

Al cabo de una hora ya resultaba bastante difícil para alguien que no conociese las dos voces, distinguir cuál pertenecía a Paul y cuál a Lacarte.

Estaba ya algo más satisfecho.

—Bien. Esto marcha —dijo para sí, y procedió a grabar algunas frases más.

Lacarte paseaba nervioso por su despacho. Había dado orden de que nadie le molestara.

Consultaba constantemente su reloj.

Le urgía ponerse en contacto con Paul. Más que nunca, sobre todo sabiéndole cercado por la policía y con aquella foto que le obligaría a esconderse.

Pensando en el asunto y concretamente en la primera

información que leyó tras el atentado en Mallorca, recordó la mención que se hacía de la muerte de Jean Drumon.

Entonces se dijo que el coche de Drumon había colisionado con el de Paul Lafargue, y como este último era el que iba delante primero se supuso que Drumon había perseguido a Lafargue, posteriormente se insinuó la posibilidad de que ambos fuesen cómplices, y por fin el asunto quedó momentáneamente muerto.

Lacarte no dio ninguna importancia a todo aquello. A él tanto le importaba que los dos hombres fuesen cómplices o no. Lo que de veras quería era la muerte de su ahijada, y lo que sí sabía es que Jean Drumon era el hombre al que había pagado para que cometiera el crimen.

Tras la última noticia ya no tenía por qué dudar de que Paul Lafargue era si no cómplice, al menos amigo de Jean Drumon.

«Si consigo recuperar esa cinta que asegura tener... Será mejor que me libre de él... si es que la policía no le echa el guante».

La llamada de Paul se produjo poco después de la una de la tarde.

—Si ha leído los periódicos ya supondrá por qué no he venido... Tengo que salir de París... ¿Sugiere algún sitio para nuestra entrevista?

Lacarte vio una excelente oportunidad para librarse de Paul, pero tenía que ser lejos de París.

—Tengo unos asuntos para resolver en el sur de Francia y al mismo tiempo proyecto unos días de descanso.

—¿La Costa Azul?

—Sí, pero no pretendo que vaya allí. Conozco un sitio muy tranquilo.

Paul no le dejó continuar y le atajó suavemente:

—Se lo iba a proponer yo. Lacarte. Sainte Enimie.

Se hizo un silencio.

Paul sonrió imaginando el efecto que el nombre del pueblo había causado en Lacarte.

Evidentemente el tutor de Giselle palideció.

—¿Conoce el pueblo?

—¡Oh, sí! —sonrió Paul—. Y el hotel del Tarn... ¿No es allí donde tenía que citarse con Drumon?

Lacarte volvió a guardar silencio y Paul arremetió de nuevo

aprovechando la ocasión:

—Oiga esto, Lacarte.

Y puso en marcha el magnetófono.

Surgieron unas palabras que imitaban perfectamente su voz y hablaban del hotel del Tarn.

Cerró rápidamente.

Lacarte murmuró:

—Deme la cinta, ahora. Podemos encontrarnos en cualquier sitio. Le daré esos cien mil francos.

—¿Con la policía pisándome los talones? No, amigo mío... Yo también necesito descansar una temporada.

—Está bien. ¿Cuándo irá para allá?

—Cuando usted quiera. Haremos juntos el viaje.

—¿Por qué?

—Para mi mayor seguridad. Estoy convencido de que procurará que no me ocurra nada. ¡Ah! Y no se le ocurra pensar que puede quitarme la cinta... Nada de tonterías.

—No se preocupe.

—Bien. ¿Cuándo?

—Pues... No sé... Oiga.

—Sí, diga.

Lacarte carraspeó.

—Es que si le encontraran conmigo...

—Debe usted correr ese riesgo —sonrió Paul.

—Hay lugares muy tranquilos allí y a usted le será fácil llegar. Su coche tiene matrícula suiza. Por la carretera nadie le molestará.

—He dicho que no.

—Mire, Lafargue. No me busque más complicaciones.

—Si es su última palabra...

—¡Escuche, no cuelgue! —Casi gritó Lacarte—. Podemos encontrarnos en la Madeleine. Mañana.

—Allí estaré.

—Tenemos que recorrer un largo camino.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—A las siete. En la Madeleine.

—Buen sitio, Lacarte. Allí estaré.

CAPÍTULO IX

Lacarte descendió de un taxi una manzana antes de llegar, luego siguió a pie hasta donde estaba aparcado el coche de matrícula suiza.

Paul Lafargue salió de un callejón y fue rápidamente hacia la portezuela del lado del volante. Lacarte entró por la otra puerta.

Cuando el coche rodaba ya en busca de la salida de París, Lacarte gruñó:

—Esto habríamos podido solucionarlo ayer.

—Usted sólo piensa en sí mismo.

—Al grano. Déjeme oír esa cinta.

—¡No la llevo!

—¿Qué diablos se propone? —espetó Lacarte.

—Mientras mi vida corra peligro no le daré esa cinta, Lacarte. Le he dicho que quiero instalarme en un lugar tranquilo. Usted es mi garantía... Sé que procurará que la policía no me eche el guante.

—¿Dónde tiene la cinta?

—En sitio seguro, metida en un paquete. Cuando esté instalado pediré a un buen amigo que me la envíe por correo.

—¿Está loco? ¡Por correo!

—El correo es inviolable. No tema, nadie abrirá el paquete. Lo haré poner a su nombre.

—¿A mi nombre?

—Claro.

—Esto es una locura.

—Todo saldrá bien. Ya verá.

—De acuerdo... Pero a condición de que no nos vean juntos.

—Si no hay garantías no llamo a mí amigo. Y si no llamo a mí amigo no hay paquete y sin paquete no hay cinta...

—Tendrá todas las garantías, pero no quiero que nos vean juntos.

—Muy bien, pero tampoco se haga ilusiones. El paquete lo enviaré a su nombre siempre que me dé usted antes la mitad del dinero prometido.

—Esto no es lo acordado. Primero quiero oír...

—Sí, lo sé —atajó Paul—. Pero bastará con que usted me dé la mitad de la suma pactada, partida por en medio. ¿Me comprende? Cien mil francos cortados por la mitad, en billetes de diferentes cuantías. El papel engomado para pegarlos ya lo pagaré yo.

—Pero... ¿Por qué?

—Porque la goma es un obsequio que le hago.

—Le pregunto que por qué quiere hacerlo de esta forma.

—Porque de este modo no hay ventajas para nadie. La mitad de un billete, sin la otra no vale ni para uno ni para el otro.

Lacarte vaciló.

—Está bien —accedió.

La noticia de los periódicos había disipado toda duda y deseaba borrar toda huella posible de su participación como mandatario del atentado contra su ahijada.

Al cabo de un silencio dijo:

—Tenemos ochocientos kilómetros por delante. Iremos por Clermond Ferrand.

—Me parece muy bien.

Estaban ya en la salida y detuvo el vehículo en un arcén.

Sacó el mapa de carreteras y Lacarte señaló la ruta.

—Aquí es —indicó, señalando el punto donde se hallaba el pequeño pueblo al que se dirigían.

Luego añadió:

—Iremos juntos hasta Florac. Está cerca. A partir de allí usted irá solo.

—¿Cómo?

—Hay un autocar. No quiero que nos vean juntos allí bajo ningún concepto.

—Bien. No hay inconveniente.

—Tampoco llegaremos el mismo día. Hay que evitar todos los posibles riesgos.

—Bien... Pero en el hotel me pedirán la tarjeta de identidad.

—No tiene por qué alojarse en el hotel. Allí vaya a comer únicamente.

—¿Y dónde duermo? ¿Al raso?

—Hay bastantes *campings*. Hay uno a doscientos metros.

—Drumon tenía que dormir en el hotel.

—Pero él no era un perseguido, Lafargue.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Allí no le pedirán documento alguno, y estará seguro.

—Eso espero.

—¡Todo habría sido mejor si me hubiese entregado esa condenada cinta ahora!

—No empecemos otra vez, Lacarte.

Lacarte conducía nervioso. No podía evitarlo. Le hubiera gustado ir a Mallorca y enterarse personalmente de cómo seguía su ahijada, pero de momento era más importante quitarse de encima al que creía un chantajista.

Sí. Porque pensaba quitárselo de encima tan pronto como tuviera la cinta magnetofónica en su poder.

También Paul pensaba en Giselle.

Le hubiera gustado encontrarse en el hospital. En la cabecera de su cama y contarle toda la verdad. Lo hubiese hecho aquella mañana en el hotel de la playa de El Arenal en Palma de Mallorca, de no haber surgido aquel asesino a sueldo de Lacarte.

CAPÍTULO X

La carretera bordeaba el río, serpenteando entre altas paredes rocosas naturales.

El cañón se prolongaba durante kilómetros y más kilómetros con un panorama de gran belleza.

A veces surgían pequeños pueblos —caseríos— cuyas moradas habían sido adquiridas por veraneantes después de que los naturales emigraran hacía puntos más poblados.

En los puntos donde la garganta se ensanchaba surgían *campings*, a veces paradores, o albergues. Y seguía la ruta.

Sainte Enimie, después de Florac viniendo del Norte por la carretera que luego continuaba hasta Millau, es uno de los puntos más típicos de la comarca.

La ciudad medieval, la ermita pegada a las rocas, la imagen de la mártir, y el conjunto de casas bien cuidadas con sus calles que conservaban el sabor de épocas pretéritas, todo en medio de la paz que había descrito Lacarte, una paz ni siquiera rota por los turistas que prefiriendo la montaña al mar elegían la pequeña villa de belleza impresionante.

Paul no estaba allí para contemplar la hermosura de los panoramas, ni para oír el concierto que una orquesta interpretaba todas las noches en la margen del río, junto al puente de St. Chèly.

Paul prescindió de los hoteles para buscar el *camping* que le había indicado Lacarte.

Estaba cerca del hotel del Tarn.

Allí —en el *camping*— alquiló una tienda. Era aquél un lugar bastante concurrido, pero tranquilo.

Durante el par de días que pasó aguardando la llegada de Lacarte procuró alejarse de la gente. Compróse instrumentos de pesca e hizo lo que hacían la mayoría, buscar un rincón tranquilo y tratar de cobrar alguna trucha.

También se bañó en las frescas y transparentes aguas y deambuló por los alrededores.

Se acercó al centro de la población para proveerse de *whisky*, coñac y tabaco, y restauró su estómago en el cercano hotel.

Fue durante la segunda noche de su estancia que conoció a la muchacha. Fue de un modo casual.

Hasta la una de la madrugada en el hotel había baile con discos. Paul se había quedado en un rincón de la terraza en un lugar que quedaba bastante oscuro, y se fijó en la muchacha bulliciosa y alegre que durante un rato había bailado incansable. La acompañaba un joven que la requería:

—¿Te has cansado ya?

—Sólo un poco. Quiero tomar el aire.

—Como quieras, Yolande...

Fue el nombre lo que hizo volver la cabeza a Paul. Entonces observó a la muchacha. La vio con un parecido bastante notable con la Giselle que él había conocido en Mallorca.

«¿Será pura coincidencia?», pensó.

Yolande dijo algo al joven que la acompañaba y enseguida se fue como si se dirigiera a cumplir un encargo.

Yolande quedó sola y volvió los ojos hacia Paul.

—¡Hola! —saludó cordial.

—Buenas noches.

—Me llamo Yolande... ¿Bailamos?

—Bueno. Por ser la primera vez que me invita una chica...

—Tú no haces cara de anticuado... Y con ese aspecto que tienes, más de una te habrá invitado a bailar. ¿O es que nunca te han dicho que eres apuesto?

Yolande lo decía todo de una forma espontánea, natural.

—¿Has dicho que te llamas Yolande? —murmuró él, dejando de comentar las frases anteriores de la joven.

—Sí... ¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta?

—¡Oh, sí! ¿Y... qué más? Yolande qué más.

—Yolande Durand.

¡El apellido también coincidía!

La observó fijamente.

—¡Bueno! No creo que tenga monos en la cara. ¿Qué pasa? ¿Te decides a bailar?

—¡Oh, claro!

—Pues vamos. Me gusta lo que están tocando ahora.

Y Paul la complació.

La música había dejado de ser estridente. Ahora el disco que giraba tenía una melodía suave, agradable, muy en consonancia con el ambiente.

—Espero que a tu acompañante no le moleste —murmuró Paul después de dar algunas vueltas al compás de la melodía.

—¡Yo no tengo novio! No quiero pensar en estas cosas aún. Es pronto. ¿No te parece?

—Bueno... Yo soy mayor que tú y tampoco he tenido prisa en comprometerme.

—Esto está bien. La vida es para vivirla; si uno se compromete, ¡listo va!

Él la observaba durante el baile. Apenas hablaba, la miraba tan sólo pero procurando que ella no lo advirtiera.

¿Era realmente Yolande Durand, amiga íntima de Giselle, o se trataba de una coincidencia de nombres?

No hizo preguntas. Se limitó a seguir bailando.

Tras el baile y cuando el anterior acompañante de la muchacha reapareció con un par de botellas de refresco, ellos. —Paul y Yolande— dejaron la terraza para pasear por la carretera.

Y mientras Paul seguía preguntándose si se trataba de algo puramente casual, Yolande no cesaba de hablar y hablar...

De su boca surgían torrentes de palabras llenas de alegría, de optimismo, de despreocupación.

La noche era tranquila, el airecillo suave, grato, y la luna se reflejaba sobre el río plateando sus aguas.

Él la miró.

Era joven, bonita, parecía acostumbrada a la buena vida, a no tener preocupaciones de ninguna clase.

Y de nuevo Paul pensó en Giselle.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —le preguntó.

—No mucho —repuso Paul.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—No lo he dicho.

Estaban solos. Nadie podía oírles.

—Yo sé cómo te llamas —repuso ella quedamente.

Se detuvieron. Él la miró a los ojos.

—Eres Paul Lafargue. Tu foto apareció en los periódicos.

—¿Y tú eres... amiga de Giselle, eh?

—Chist. No hables muy fuerte. Hasta las paredes tienen oídos a veces.

—Escucha... Es necesario que hablemos...

—Ahora no. Mañana. ¡Allá arriba! —E indicó la ermita que parecía presidir el pueblo pegada a la pared rocosa, bajo la carretera de Mende.

—¿Por qué mañana?

—Ahora tengo que volver con ese...

—¿Por qué? ¿Es tu novio?

—Es un amigo y basta... Hasta mañana. Adiós.

Paul la vio alejarse, corriendo, juvenil, siempre con aquella alegría.

Quedó intrigadísimo.

¿Qué hacía Yolande Durand e Sainte Enimie?

Pensó en la foto de los periódicos. ¡Su foto!

—¡Espere!

No podía dejarse vencer por una muchacha... Y en aquellos momentos ella tenía un arma eficaz en contra suya. ¡Le había reconocido! Si avisaba a los gendarmes le apresarían y todo su plan se iría por los suelos.

Logró alcanzar a la muchacha tras una rápida carrera. Cayeron al suelo, sobre el verde césped del prado que bordeaba la corriente fluvial.

—¡No sea bruto!

—Escúcheme, Yolande. Si habla con la policía...

—¿Y quién ha dicho que voy a hablar con la policía? —Usted es amiga de Giselle. Y el periódico habla de mí como si yo fuese...

—No hable tan fuerte le repito —susurró ella.

—Escúcheme de una vez —repuso él bajando la voz—. Yo no tuve nada que ver en lo que le sucedió a su amiga.

—Eso a mí no me importa.

—No lo entiendo... Usted le dejó su pasaporte a Giselle.

—¿Y qué?

Paul la miró fijamente... ¿Qué ocultaba aquella muchacha?

—¿Qué hace usted aquí, Yolande?

—Pasar unas cortas vacaciones.

—¿Y qué más?

—Descansar, divertirme.

—No parece muy apenada por lo que le ocurrió a su amiga.

—No me importa en absoluto.

—Y esa amistad...

—Sea paciente. Mañana hablaremos, ¿eh? Ande, déjeme ahora.

Y ante la vacilación de Paul añadió:

—Y no tema. No hablaré con los gendarmes... Tengo motivos sobrados para que la policía no me resulte simpática. Ya le contaré. Hasta mañana. Ya sabe... Allá arriba. Es un bonito paseo. Le gustará y de paso hará ejercicio. Aquí en los hoteles la comida es abundante y se cría grasa. Conviene caminar.

Y aquella vez Paul la dejó marchar sin perseguirla.

Se preguntaba una vez más qué escondía aquella muchacha y qué diablos podía hacer en Sainte Enimie.

La respuesta, sin embargo, no la obtendría hasta la mañana siguiente. Al menos ésa fue la promesa de la muchacha.

CAPÍTULO XI

Paul apenas durmió aquella noche. Y su insomnio fue debido a dos razones.

La primera era Yolande. La segunda la incomodidad de dormir prácticamente en el suelo.

Andando se dirigió hasta la ermita.

El panorama era de una belleza tal que valía la pena subir hasta allí para contemplar aquella maravilla.

—¡Hola! —saludó ella.

Había surgido de entre las rocas. Él se volvió sorprendido.

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí?

—Sí. Es mi ejercicio diario.

—Bueno, Yolande. Es hora ya de que hable.

—¿No es usted quien debería hablar? Le buscan.

—¿Por qué dijo anoche que no le resultaba simpática la policía?

—¿No le gusta hablar de sí mismo, eh?

—No juguemos a las preguntas —replicó él.

—Paul, sé por qué está usted aquí.

—¿De veras?

—Para cobrar el dinero que el señor Lacarte ofreció para que mataran a Giselle.

—Siga.

—¿Cuándo vendrá Lacarte aquí?

—Puesto que lo sabe todo...

—Le advierto que no me interesa en absoluto, pero de canalla a canalla. Paul —y le guiñó el ojo—, yo también quiero una pequeña parte.

—¿Por qué motivo?

—Digamos... para callarme todo lo que sé.

—Miente muy mal, Yolande. Usted no es una chantajista.

—¡Oh, claro que no! Sólo una chica en apuros que necesita

largarse y que se ha quedado sin pasaporte.

—¿Por qué tiene que largarse?

—¿Y usted por qué se empeña en querer saberlo todo?

—Si hemos de ayudarnos mutuamente...

—Bueno. No es nada grave, pero lo suficiente para que puedan encerrarme una temporada.

—¿Por qué?

—Un hombre me hizo una mala pasada. Me utilizó como *public relations*... Pero de un modo muy personal. Mientras yo entretenía a ciertos caballeros él aprovechó para desvalijar la habitación del hotel. Fue en París hace tres meses. La cosa parecía olvidada, pero uno de esos caballeros me reconoció y sé que me buscan. La única persona que hubiera podido ayudarme era Giselle, pero ya ve...

—¿Y por qué cree que yo voy a ayudarla?

—Porque también le persiguen, y usted va a cobrar bastante dinero si no me equivoco. Recuerde que conozco la historia.

—Sí, claro. Pero precisamente porque conoce la historia debería temer que yo...

—¿Podiera matarme? ¡Oh, no! Usted es de los que no mueven un dedo si no les pagan. ¿Me ayudará?

—¿Sacándola del país?

—Exactamente.

—Imposible.

—Usted puede hacerlo. Se las apañó para venir de Mallorca a Francia cuando todo el mundo le buscaba.

—Una persona puede pasar. Dos es más difícil. Y más si las buscan a ambas.

—Piénselo bien. Paul, y considere lo que ocurriría si yo insinuara algo a los gendarmes. Puedo poner un anónimo, como mínimo bastaría para que abrieran una investigación. Y si viesan a Lacarte junto al hombre al que la policía anda buscando, creo que tendrían buenos motivos para llegar hasta el final. Piénselo, Paul.

Y ella se alejó hacia el sendero que conducía a uno de los miradores.

Paul quedó pensativo.

Ignoraba hasta dónde quería ir a parar aquella muchacha pero decidió seguirle el juego.

CAPÍTULO XII

Mientras Paul descendía por el atajo, vio al hombre.

Antes ya le había parecido que alguien le seguía. No le dio importancia porque resultaba lógico encontrar otras personas que hubiesen ido de excursión. Sin embargo, al reconocerle pensó que no se trataba de ninguna simple casualidad.

Era el joven que la noche anterior estaba bailando con Yolande.

Se miraron a distancia, pero ninguno de los dos dijo nada al otro.

Regresó al *camping*.

No había demasiada gente, ni tampoco había llegado ningún excursionista nuevo.

Se fijó en el gendarme que salía del otro lado del río donde se hallaba un campo destinado a la práctica del aeromodelismo. Se volvió hacia la tienda y aguardó a que el policía tras cambiar algunas palabras con el encargado, se alejara.

Permaneció un buen rato tumbado en la tienda. Más tarde vio a Yolande pasear con el tipo que le, había seguido cuando estuvo en la ermita.

No ocurrió nada de particular durante aquella mañana.

Se aseguró que tenía el revólver bajo el colchón hinchable y también el paquete con los billetes partidos que totalizaban los cien mil francos que Lacarte le había entregado antes de dejarle en Florac.

Lacarte aseguró que tardaría un par de días antes de llegar a Sainte Enimie.

Mientras se hallaba tumbado sin otra cosa mejor que hacer conectó el pequeño magnetófono donde había registrado todas las conversaciones que sostuvo con Lacarte.

Yolande volvió a pasar. Aquella vez iba sola y parecía buscarle.

—¡Paul! —llamó.

El salió de la tienda. Fue a su encuentro.

—Paul... ¿Ha pensado en nuestra conversación de esta mañana?

—Desde luego.

—¿Me ayudará?

—Puede que lo haga.

—¿Cuándo?

—Cuando me vaya de aquí.

—Necesito saber el día.

—Mañana tal vez.

—Esto está mejor. George nos acompañará.

—¿Quién es?

—Mi amigo.

—¿También él necesita salir del país?

—No. Quiero decir que nos llevará. Tiene una furgoneta. De aquí hasta la frontera hay unos quinientos kilómetros. Viajaremos de noche.

—No corra tanto. Yo no he asegurado nada todavía.

—¡Claro! Primero tiene que cobrar. ¿Todavía no sabe cuándo va a venir Lacarte?

—Puede que mañana.

—Si es así, esté dispuesto para la noche. George nos dejará en Le Perthus. El resto corre de su cuenta.

—Para entrar en España no necesita usted el pasaporte. Le basta con la tarjeta de identidad.

—Estoy reclamada. Paul... como usted. Si las cosas se complican necesito alguien que vele por mí —sonrió—. Estoy segura de que dará resultado... si nos toman por una pareja de recién casados. ¿No le gusta la idea?

Le guiñó un ojo y se alejó.

Poco después Yolande se reunía con George en el hotel.

—¿Qué ha dicho? —inquirió el joven.

—Accede.

—Ten cuidado con él.

—No te preocupes. Es un riesgo que tengo que correr.

—Éste es un juego peligroso.

—Lo sé. Pero me gusta el riesgo.

Aquella tarde Yolande no salió en absoluto del hotel. Se dedicó a arreglar sus cosas. Dejó listo el equipaje a excepción de las prendas

que necesitaba para vestirse. Eligió un pantalón largo, una blusa que se anudó a la cintura y una chaqueta de lana suave.

Abrió un pequeño maletín y aparecieron varios fajos de billetes de Banco de distinto valor. A simple vista aquello podía calcularse en cincuenta mil francos nuevos. Volvió a cerrar el maletín y pensativamente murmuró:

—Mañana...

Lacarte llegó al día siguiente a primera hora de la tarde y se instaló en el hotel.

Dejó en la habitación su breve equipaje y bajó al comedor para almorzar.

Los camareros le reconocieron, lo que probaba que era buen cliente del establecimiento.

También le saludó el dueño, que a la vez era el cocinero del hotel.

Tras la comida, Lacarte manifestó su deseo de ir a dar un paseo por el río.

Alquiló una barca en el embarcadero y bogó remontando la suave corriente.

Había un nutrido grupo de pescadores a ambas orillas.

Miró alrededor y siguió remando hasta el *camping*. Era un ejercicio que otros practicaban.

Paul salió de la tienda y se reunió con él una vez Lacarte hubo dejado la barca en la orilla.

—¿Ha tenido buen viaje? —inquirió sin mirarle.

Lacarte le contestó mientras fingía amarrar bien la barca:

—Déjese de cumplidos. ¿Ha hecho que envíen la cinta?

—¿A qué hora suele venir el correo?

—En el autocar de Millau. Llega aquí alrededor de las siete.

—Pues a esa hora tendrá lo que tanto desea.

—Está bien. No vaya por allí. Cuando haya oído la cinta le entregaré el resto de los billetes.

—De acuerdo.

La entrevista terminó y Paul se alejó de la orilla.

Eran las siete y cuarenta minutos cuando Lacarte tenía en sus manos el paquete.

No venía de París. La cinta siempre estuvo en poder de Paul y

éste no hizo más que dejarlo en el buzón del hotel.

Lacarte al no ver los matasellos de la oficina de correos comprendió el engaño, pero lo más importante para él era la cinta.

Corrió a su habitación para escuchar aquella grabación.

Con un aparato que llevaba probó.

Su voz muy bien imitada decía:

«Cuando sepa la fecha exacta en que mi ahijada vaya a Mallorca te avisaré, Drumon».

Cerró inmediatamente.

La voz bien podía parecer la suya, pero él no recordaba haber pronunciado aquellas palabras.

Lo puso en marcha de nuevo y escuchó otra frase que tampoco le sonaba como suya.

Con un gesto de contrariedad volvió a cerrar el aparato.

Bajó furioso con la cinta, pero al llegar al vestíbulo del hotel se cruzó con George.

—¿Señor Lacarte? —preguntó el joven con una corté— sonrisa.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—¿Puede escucharme unos momentos?

—¿Quién es usted?

—Llámeme George, aunque el nombre no le diga nada.

—No le conozco.

—En cambio yo a usted sí, y tengo algo que decirle que estoy seguro le interesará.

—Bueno. No tengo mucho tiempo.

—Vamos al bar, por favor... No hay nadie ahora. Allí no nos molestarán.

George y Lacarte hablaron por espacio de diez minutos, luego se separaron.

Lacarte pensaba en las palabras que le había dicho George, mientras caminaba nuevamente hacia el *camping*.

No tuvo necesidad de llegar hasta él porque Paul iba en dirección al pueblo para cenar.

En la carretera no había nadie. Sólo pasaba algún coche de cuando en cuando.

—¡Me ha engañado usted! —espetó Lacarte—. Esta cinta la ha grabado usted.

—Es posible...

—Devuélvame los billetes —exigió Lacarte.

—Esto no cambia las cosas, Lacarte. Sin dinero no puedo largarme y si no me largo me detendrán. Si caigo no lo haré solo.

—¿Dónde están las pruebas que tiene contra mí?

—Todas las conversaciones que he sostenido con usted sí están grabadas, Lacarte, y usted ha admitido entrar en contacto conmigo... Y me ha ofrecido incluso el dinero... ¿No cree que para la policía es una buena prueba?

—¡Maldito...!

—No se exceda, Lacarte. Esto mismo que estamos hablando ahora queda registrado. Tengo un magnetófono en el bolsillo que lo está grabando.

Lacarte hundió sus manos en los bolsillos y murmuró:

—Enséñemelo.

—Esto sí que no...

—¡Vamos, Paul! Se acabó el juego. Tengo un revólver en el bolsillo.

Paul bajó la mirada, observó la forma en el bolsillo de la chaqueta, la forma alargada de un cañón de revólver cubierta por la tela.

—No va a disparar en medio de la carretera. Su valor no llega a tanto, Lacarte.

—No me ponga a prueba... Podría decir que usted me atacó y que disparé para defenderme.

—¿Atacarle? ¿Cómo? No llevo armas.

—Camine, Lafargue.

Paul no se movió.

—¡Deprisa! ¡No abuse de su suerte!

La orden de Lacarte era contundente. El brillo de sus ojos reflejaba el desespero del tutor de Giselle. Ante la disyuntiva de ver peligrar su vida estaba dispuesto a todo.

Paul obedeció.

—Hay un camino que sube por la derecha. Vaya por él y no se vuelva. Piense que yo sigo detrás de usted.

Paul continuó obedeciendo.

El sendero indicado por Lacarte concluía arriba de todo en la carretera de Mende.

Hacia la mitad podía verse en plena pendiente un núcleo rocoso

con abundante vegetación.

Al llegar a aquel sitio, Lacarte ordenó a Paul que se detuviera. Allí sacó el revólver sin recato alguno.

—Deme esa cinta.

—El dinero.

—¡La cinta! Ya me ha engañado una vez. ¡Y cuidado!

Paul iba a meterse la mano en el bolsillo, pero Lacarte lo pensó mejor y le ordenó:

—De espaldas. Yo la cogeré.

Paul obedeció y Lacarte tanteó el bolsillo del detective.

Paul aprovechó la ocasión para dar un codazo a Lacarte, que debido al desnivel del terreno se tambaleó.

Rápido y ágil, se lanzó sobre él.

Lacarte cayó al suelo, pero no soltó el revólver.

Los dos hombres forcejearon para hacerse con el arma.

En la lucha sonó un disparo que retumbó por entre las rocas.

—Si lo que quería era llamar la atención de los gendarmes ya lo ha conseguido —exclamó Paul, empujándole.

Lacarte vaciló.

El revólver había caído y cuando intentó cogerlo. Paul lo apartó de una patada.

Por entre las rocas pudieron ver abajo a algunas personas que habían asomado. Un gendarme se aproximaba también.

Lacarte corrió ladera abajo en pos de su revólver, pero no para volver a perseguir a Paul, sino que lo guardó y continuó hacia abajo.

Paul por su parte siguió por la parte alta.

Poco después un gendarme se cruzaba con Lacarte.

—¿No ha oído un disparo?

—Sí, pero no me pareció que viniese de aquí —sonrió Lacarte intentando disimular.

—¿No ha visto a nadie?

—Pues no. Estaba paseando, pero no he visto a nadie. Este camino no es muy concurrido.

El gendarme echó una mirada hacia arriba. Paul ya había procurado desaparecer mientras echaba pestes contra Lacarte. Porque estaba seguro de que no solamente lograría salirse con la suya en cuanto a desenmascarar a Lacarte, sino que además

descubriría algo más... algo que en principio olía a complot, a conspiración. Sí, porque estaba seguro de que Yolande Durand era algo más que una fugitiva.

Aquella noche se disponía a saberlo.

El gendarme tras echar un nuevo vistazo volvió hacia la carretera.

Poco después Paul Lafargue regresaba al *camping*.

CAPÍTULO XIII

Eran las nueve y treinta minutos. George tenía la furgoneta en la carretera.

Yolande ya había cargado su equipaje en la parte de atrás. Sólo faltaba Paul Lafargue.

Paul en aquellos momentos entregó un paquete al encargado del *camping*.

—Delo en la gendarmería, por favor. Yo no puedo entretenerme. Me esperan en Mende... Adiós y gracias por todo —y añadió al pago de su estancia en el *camping* una generosa propina.

Minutos después se reunía con Yolande y George.

Este último se sentó frente al volante y puso el coche en marcha. Yolande ocupaba el asiento de al lado y Paul viajaba en la parte de atrás.

La furgoneta cruzó por debajo los túneles que daban entrada a la población, para seguir por la sinuosa carretera camino de Millau, primero para seguir por la zona montañosa hasta Narbone y de allí por la general hasta la frontera. Al menos éste era el plan.

Los primeros kilómetros, George llevó el vehículo a la velocidad que permitía la estrecha y serpenteante ruta.

Tanto él como la muchacha iban en silencio.

En la parte de atrás silbando una tonadilla iba sentado Paul.

En la gendarmería, el agente Duprez había abierto el paquete que le entregó el encargado del *camping*.

Había una carta y uno de los pequeños magnetófonos de Paul.

Duprez leyó la carta y a medida que avanzaba en su lectura, mostraba creciente interés.

Cuando concluyó, se apresuró a conectar el magnetófono.

—Espero que no sea una broma —dijo.

La voz de Paul sonó a través del diminuto altavoz del aparato:

«Me llamo Paul Lafargue. Soy detective privado. Está historia

que voy a contar empieza el mes de agosto del año en curso...»

Paul advirtió que George dejaba la carretera principal para tomar un desvío hacia la derecha.

Habían dejado la ruta de Millau y se adentraban por un sendero sin pavimentar ni indicadores.

—¿Dónde vamos? —preguntó Yolande.

—Es un atajo... Nos acercamos a un pueblo. Tengo algunos conocidos y prefiero que no me vean.

Ella quedó bastante convencida. Paul se puso en guardia.

En la gendarmería, el agente Duprez había escuchado el relato de Paul.

«... El hombre llamado Jean Drumon disparó contra Giselle. Traté de alcanzarle y en la carrera mi coche chocó contra el de Drumon y esto le ocasionó la muerte. En los periódicos de aquella fecha pueden encontrar la reseña del suceso...»

Y seguía con la historia.

La furgoneta de George se había detenido.

—¿Qué es esto? —preguntó Yolande, señalando hacia adelante.

No había salida posible. La carretera quedaba cortada por la misma montaña. Se trataba de una ruta de nueva construcción que no pasaba más allá.

—¡Vaya! Me equivoqué —murmuró George. Levantó las manos en señal de impotencia y añadió—: Echaré un vistazo.

Bajó de la cabina y miró en torno suyo. La carretera se ensanchaba ligeramente formando una plazoleta, cerrada por todas partes.

Volvió al coche y comentó:

—Habrá que dar la vuelta. Estas carreteras se parecen todas. Creí que era el atajo que cortaba para no pasar por el otro pueblo.

Al dar la marcha atrás, el coche parecía negarse a andar.

Paul salió de la caja y se dirigió hacia delante.

—¿Qué le pasa a este trasto?

—No lo sé. ¿Entiende en motores?

—¡Psé!

—Levante el capó y eche un vistazo.

Paul miró alrededor. Todo permanecía silencioso. La oscuridad quedaba rasgada por los focos de la furgoneta y la incipiente luz de la luna que silueteaba rocas y árboles.

A un lado Paul observó los contornos de una casa de labor. Había varias por aquellos alrededores.

Lejos ladró un perro como una señal de vida por los alrededores.

—¿Mira esto, amigo? —repitió el conductor.

Paul fue hacia el capó.

Cuando estaba examinando el motor sin descubrir la menor anomalía, George sacó un revólver y encañonó a Yolande.

—¿Qué significa esto? —protestó la muchacha.

—¡Usted salga y levante los brazos! —gritó George a Paul—. ¡Vamos! Colóquese donde yo pueda verle.

Paul no tuvo más remedio que obedecer al hombre que encañonaba a Yolande con el revólver.

—Al primero que se mueva le dejo seco. ¿De acuerdo? —Remachó George—. Ahora sal, muñeca. ¡Vamos! Sal y colócate al lado de ese tipo.

Y ella siguió también las instrucciones.

Cuando estuvo junto a Paul, éste comentó:

—Debería elegir mejor sus amistades, Yolande.

CAPÍTULO XIV

El agente Duprez estaba llegando ya al final de la segunda cara de la cinta.

La voz de Paul decía:

«Me hubiera gustado añadir a las pruebas que poseo contra Lacarte, la del momento en que sin duda trataría de matarme para ahorrarse los cien mil francos y eliminar un testigo... No creo que haga falta porque en la otra cinta podrán seguir las conversaciones que he sostenido con él desde mi regreso a París. Y lo ocurrido aquí, en la propia Sainte Enimie hace apenas unas horas, cuando sonó el disparo que pudieron oír bastante gente. Espero que esto baste de momento para que puedan detener a Lacarte y acusarlo de haber intentado la muerte de su ahijada, la señorita Giselle, mediante el pago de un asesino a sueldo».

Y por último Paul finalizaba:

«Del error de las acusaciones que pesan sobre mí, podrá dar fe mi amigo Laurent que como he dicho al principio, sigue reponiéndose en el hospital de las heridas sufridas en accidente, a la vez que podrá ratificar todos los datos de esta historia, urdida por un hombre con el único fin de acabar con una muchacha y por esa misma muchacha en su afán de jugar un poco a los policías a la par que salvaguardar su vida. Y ahora pongan la otra cinta y encontrarán registradas las conversaciones que he sostenido con Lacarte. El hecho de que él esté ahora en Sainte Enimie creo que es ya de

por sí bastante elocuente. Si no hubiese esperado obtener esa prueba delatora que yo he inventado para tenerlo en vilo, Lacarte no estaría aquí, pero está, y... Pero, bueno, la cinta se termina, repito; pongan la otra. Todo lo que yo podría añadir lo verán más claro en lo que sigue».

El agente sacó la cinta que ya había terminado y tomó la otra que iba en el paquete.

Los dos compañeros de Duprez se miraban entre sí.

Duprez murmuró:

—Depende de lo que se diga aquí, avisaré al inspector. Que él decida.

Y en la cinta, puesta en marcha ya, se reproducía la primera conversación telefónica sostenida entre Paul y Lacarte. Estaban registradas por el orden cronológico con que habían sido celebradas cada una de ellas.

Y, entretanto...

Era el preciso instante en que Paul acababa de decir a Yolande:

—Debería elegir mejor sus amistades.

—¡Mire! —exclamó ella.

De un recoveco había aparecido la figura de un hombre. En la distancia era sólo una silueta.

Y la silueta se aproximó lentamente.

Yolande le reconoció enseguida.

—¡Lacarte! —susurró.

Paul acababa de descubrir también la identidad del hombre.

George permanecía a un lado y seguía con el revólver.

—¿Qué significa todo esto, George?

Fue la voz de Lacarte quien le sacó de dudas:

—Significa, Lafargue, que ha llegado usted a final de trayecto. Acérquese a la luz.

Paul avanzó tras un segundo de vacilación.

—Y usted también, señorita...

Pero apenas acababa de decirlo sus ojos se dilataron extraordinariamente al reconocerla en la débil penumbra del lugar.

Su voz se tornó un susurro cuando exclamó, expresando en voz alta lo que acababa de descubrir:

—¡No! No es posible...

—¿Sorprendido, verdad? —replicó ella con una sonrisa.

—¡Giselle! Tú eres Giselle.

En esos momentos el sorprendido fue también Paul Lafargue.

¡Giselle!

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Y la muchacha aclaró:

—Significa que yo soy la verdadera Giselle. Su ahijada.

—Pero. Entonces... Aquella chica de Mallorca...

Todos parecían esperar ansiosos la respuesta que sólo podía dar la propia Giselle.

—Ella es la auténtica Yolande Durand —y añadió—: No... No era yo la que tomó el avión provista de un pasaporte que no fuese el mío y unos postizos que cambiaran mi aspecto, sino ella... Lo decidimos a última hora.

—¿Cuándo? —preguntó Paul.

—¡Qué más da! —adujo por su parte Lacarte—. Estás aquí, viva, pero no te servirá de nada. La sentencia tiene que cumplirse igualmente y mejor así —y Lacarte accionó nervioso el revólver.

Paul comprendió que había llegado el momento de actuar con rapidez a fin de poder salvar la vida. La propia y la de la muchacha.

Yolande, es decir, Giselle, se volvió hacia el joven.

—¿Se da cuenta, amigo? Hizo mal en pactar con Lacarte. Cuando se anda en tratos con él siempre se acaba perdiendo... Aunque por usted no lo siento. Los asesinos de su especie son los peores, no matan por venganza, o por odio; simplemente por dinero y lo hacen a sangre fría...

—¡Basta de charla, Giselle! —exclamó su tutor.

Paul hubiera querido sacar del error a la muchacha. Decirle que él no era el asesino, pero era tarde.

Se dijo también que resultaba lógico que ella le creyese un criminal, sobre todo desde que salió su fotografía publicada en los periódicos. Giselle no había visto nunca el rostro del hombre pagado por su tutor para matarla y al igual que Yolande, en Mallorca lo había confundido.

Lacarte daba la sensación de que iba a disparar de un momento a otro.

George intervino:

—Supongo que le habré hecho un buen servicio, señor Lacarte.

—Sí. Luego hablaremos.

—¡Espere! No dispare aquí. Los tiros podrían oírse. Hay un sistema mejor si quiere deshacerse de ellos. ¿Sabe dónde está la cascada? ¡Vamos! Les llevaré hasta allí.

—¿Está muy lejos? —inquirió Lacarte.

—¡Oh, no! A cinco minutos en la furgoneta. No es necesario que usted coja su coche. Suba aquí. Yo conduciré. Ellos irán conmigo y usted puede vigilarles desde atrás.

—¡Eres genial, George! —exclamó ella—. ¿Qué recompensa esperas por esto?

Se volvió hacia Paul y añadió:

—Van a golpearlos y nos echarán por la cascada para que parezca un accidente. Y tú no saldrás mejor librado, George. Te matarán también.

—No le haga caso, amigo —cortó Lacarte—. Yo sabré agradecerle sus servicios.

—Bueno, subid —dijo George, dirigiéndose al detective y a la muchacha.

Fue en aquel momento cuando Paul decidió probar suerte y quitarse de encima a sus dos enemigos.

Empujó con fuerza a George al tiempo que se lanzaba contra las piernas de Lacarte y gritaba:

—¡Al suelo, Giselle!

Giselle hizo más que lanzarse al suelo. La ayuda le vino de quien menos lo esperaba y no se limitó únicamente a adoptar una actitud pasiva sino que colaboró en su propia salvación.

Y mientras Lacarte caía de espaldas empujado por el ímpetu de Paul Lafargue, ella se abalanzaba contra George para impedirle que utilizara el revólver del que era portador.

La inesperada actitud de la muchacha que además supo demostrar un buen adiestramiento, sorprendió a George, que trastabilló mientras su revólver caía al suelo.

Y en el suelo rodaban en aquellos momentos Lacarte y Paul estrechamente abrazados.

Luchaban una vez más por la posesión del revólver y en aquella ocasión, el duelo era a muerte.

Continuó el forcejeo. Lacarte demostró estar en buena forma

física. Perdió el revólver, pero consiguió apartar a Paul soltándole un tremendo directo que el detective supo encajar bien evitando la caída.

Lacarte quiso recuperar el arma, pero su antagonista reaccionó y le sacudió un gancho que alcanzándole el mentón, le levantó algunos milímetros del suelo lanzándolo por fin sobre el polvo de aquella plazoleta natural.

Lacarte, sin embargo, sabía que cualquier desfallecimiento podría resultarle fatal, y al ver que irremisiblemente Paul iba a apoderarse del revólver, desde el suelo le echó un puñado de tierra a los ojos.

Paul se llevó las manos a la cara y Lacarte se lanzó hacia el arma.

Todo se sucedía a velocidad de vértigo.

Y, entretanto, la muchacha seguía forcejeando con George.

Paul se restregaba los ojos y Lacarte se hacía con el revólver.

—¡Hacia las rocas! —gritó Paul.

La muchacha aprovechó un momento favorable y echó a correr. Paul por su parte sacó su propio revólver del bolsillo del pantalón.

Disparó dos veces a los pies de Lacarte, que corrió al otro lado de la furgoneta para cubrirse.

—¡Eh! —gritó George.

—¡Quieto! —previno Paul, disparando también a sus pies.

George saltó hacia el otro lado y Paul trató de ponerse a cubierto tomando el mismo rumbo que Giselle.

Lacarte hacía uso ya de su arma y Paul corrió en zigzag hasta saltar al otro lado del montón de tierra que marcaba el límite de la plazoleta.

Jadeante se pegó al suelo junto a Giselle.

—No quiero matarle. Le necesito vivo para hacerle confesar —dijo.

—¿Quién diablos es usted, Paul?

—No soy el asesino pagado por Lacarte.

—¿Qué hacía entonces en Mallorca?

—¿Alquiló usted a un detective, no es cierto?

—Sí, pero...

—Laurent.

—Es verdad.

—Tuve que sustituirle. Ya le contaré.

—Entonces usted... ¡Dios mío! Si lo llego a saber.

—Si yo hubiese sabido que usted era Giselle, desde el principio las cosas hubieran ido de forma distinta.

—Le he metido en esto.

—Me he metido yo solito.

—Sí, pero ahora... Yo sólo pretendía desenmascararle, ¿comprende? Es falso todo lo que le conté sobre mí. No estoy complicada en nada y si estaba en Sainte Enimie era por dos razones... Estuve aquí desde el principio cuando Yolande logró convencerme de que era mejor que ella ocupara mi puesto. Luego al enterarme de lo ocurrido y leer su nombre en los periódicos pensé que tarde o temprano Lacarte vendría aquí y se entrevistarían los dos, él para pagar y usted para cobrar. Quería desenmascararle.

Al otro lado había un absoluto silencio. Las luces de la furgoneta se habían apagado y la luz de la luna no era suficiente para iluminar todo el contorno.

Paul la escuchaba a ella a la vez que permanecía atento a la escena.

—Nos buscarán —comentó—. A propósito, ¿quién es ese George?

—No lo sé. Ni entiendo su comportamiento... Llegó aquí hace dos semanas. Dijo que era estudiante y que había venido a descansar.

—Pues parece amigo de Lacarte.

—No lo entiendo.

—Bueno, vayamos a otro sitio. Intentarán rodearnos... Si podemos aguantar un poco más, espero que lleguen refuerzos.

—¿Qué refuerzos?

—He entregado todas las pruebas que logré reunir a la policía. Confío que en estos momentos ya estén al corriente de todo... ¡Y lo crean!

CAPÍTULO XV

El agente Duprez acababa de hablar por teléfono con el inspector en Florac.

Sin necesidad de escuchar las grabaciones, el jefe prometió que enviaría ayuda inmediatamente.

—Tendrá a cuatro hombres de refuerzo.

Los gendarmes habían salido ya de Florac montados en motocicletas y se dirigían a gran velocidad a Sainte Enimie.

Y, entretanto, Paul y Giselle procurando no hacer ruido, caminaban por entre los viñedos, algo más lejos de donde habían dejado a Lacarte y a George.

Él le indicó un pequeño agujero formado por una depresión natural del terreno.

—Siéntese. Éste es un buen sitio.

Ella obedeció nerviosa.

—Estuvo en un tris de caer en nuestras manos —exclamó.

—No se inquiete. Ahora es como una fiera enjaulada, sabe lo que se juega y no se moverá de aquí. Cuando llegue la policía todo será distinto.

Se hizo un silencio que rompió la muchacha para preguntar:

—¿Sabe algo de Yolande?

—No. En absoluto.

—Los periódicos decían que su estado era grave.

—Ya lo leí.

—Pedí una conferencia, pero sólo me contestaron ambigüedades. Tengo ganas de que esto termine para ir a Mallorca. ¡Pobre Yolande!

—¿Cómo la dejó ir a ella?

—La verdad es que yo no quería, pero ella dijo que para la segunda parte del plan, era mejor que yo estuviese aquí. Además, en ciertos aspectos tiene más experiencia que yo. Practica judo,

¿sabe? Y esgrima también.

—Sí. Ya comprobé allí que sabe defenderse... Pero de todos modos, se metieron las dos en algo demasiado peligroso.

—Quería desenmascarar a Lacarte. Tener pruebas suficientes para que le detuvieran.

—Sí, comprendo, pero...

Guardó silencio porque de pronto le pareció oír unos pasos cerca de los viñedos.

—¡Silencio! —recomendó en un susurro.

Evidentemente alguien se acercaba.

Las pisadas aunque disimuladas sonaban bastante cerca.

—Por ahí —indicó ella, señalando un punto en el índice.

Paul asintió.

—No se mueva. Voy a tratar de sorprender a quién sea...

Paul se incorporó y avanzó agazapado.

Se hallaba en la zona final de un campo de viñedos en plano inclinado.

Más allá unos setos abundantes rodeaban un pequeño riachuelo que desembocaba en el Tarn, que quedaba al otro lado de la carretera.

Quienquiera que fuese el que merodeaba por allí se encontraba precisamente entre los setos.

Paul con todo sigilo continuó avanzando. Llevaba el revólver en la mano y sus cinco sentidos estaban en tensión.

Un arbusto se movió cerca de él y se revolvió rápido.

Era una falsa alarma. La suave brisa había movido la alta vegetación del lugar.

Paul estaba ya muy próximo al lugar donde sospechaba que se había ocultado alguien.

Aguzó el oído y no pudo percibir el menor ruido.

Contuvo la respiración.

Seguramente que el «otro» también estaba haciendo lo propio para no ser descubierto.

Transcurrieron unos breves momentos.

De pronto una voz sonó muy cerca de Paul:

—¡Lafargue!

Era George. Paul le había reconocido enseguida. Se revolvió rápido y vio fugazmente a su enemigo.

Se lanzó contra él.

—¡No! ¡Quieto, espere! —susurró el otro.

Paul había saltado de forma que, improvisando una llave, consiguió derribar a George y mantenerlo momentáneamente inmóvil.

—¡Suelte! —susurró el otro—. Usted lo ha estropeado todo. Yo tenía mi plan.

—¿De qué diablos está hablando?

—Si me suelta le enseñaré mi credencial. Soy policía... Y basta de pelear, vamos a armar tanto ruido que Lacarte se dará cuenta.

—¿Policía? —inquirió Paul, extrañado.

Le soltó y George sacó una cartera de la parte trasera del pantalón. Allí tenía la insignia.

—Brigada de Homicidios de París.

—Pero...

—Hace una semana esa muchacha que hirieron en Mallorca contó la verdad. Estoy aquí para proteger a Giselle.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Porque sólo hay un modo de desenmascarar a Lacarte y hay que andarse con pies de plomo. Lacarte es hombre importante y todo esto se presenta un poco confuso.

—Lacarte es un granuja.

—De acuerdo, ahora lo sé, pero si usted no hubiese intervenido ahora ya le tendríamos.

—No veo cómo.

—En el lugar donde pensaba llevarles hay varios hombres. Los cité para esta noche. Todo estaba dispuesto para representar la farsa. Le habríamos cogido con las manos en la masa. En el momento en que se disponía a matarles a ustedes...

—¡Y yo qué sabía!

—No podía proclamar a los cuatro vientos que era de la brigada de Homicidios entre gente como ustedes... Giselle habría intentado eludirme. Se ha empeñado en jugar a los policías y habría sido capaz de cualquier locura con tal de darme esquinazo. Luego estaba usted...

—Bueno, no se preocupe —cortó el detective—. He logrado reunir algunas pruebas. Espero que los gendarmes de Sainte Enimie envíen ayuda.

—Pero, ¿por qué diablos se empeña todo el mundo en querer actuar por su cuenta? Nosotros estamos para algo, ¿no?

—En mi caso se trataba de una cuestión personal.

—Bien, dejemos esto ahora. De nada sirve discutir.

—Oiga... ¿Y cómo consiguió hacer amistad con Lacarte? Es bastante desconfiado.

—Le dije que usted pensaba huir esta noche y que si le interesaba atraparlo en un lugar solitario estaba dispuesto a ayudarlo... Luego le hablé de Giselle.

—¿Le dijo que su ahijada vivía?

—Dije que haría el viaje con usted y con una tal Giselle que parecía tener mucho interés en él. Fue suficiente para que picara el anzuelo.

—¿Y por qué no lo llevó donde estaban los agentes?

—Por si acaso. Él marchó primero y pensé que querría asegurarse de registrar bien el terreno que pisaba. Bueno, ya es hora de que actuemos. Ustedes no hagan nada. Yo le he dicho que estaba de su parte y que tratásemos de rodearlos.

—¿Dónde está?

—Por el otro lado.

—¿Piensa detenerle?

—Ahora ya no puedo hacer otra cosa.

—Le ayudaremos.

—No. He querido hablar antes con ustedes precisamente porque no quiero que intervengan más. Éste es asunto mío.

Entonces sonó el disparo.

El policía lanzó una exclamación y cayó al suelo.

¡Lacarte había estado escuchando!

El detective se lanzó al suelo de manera fulminante y disparó a su vez.

El policía desde el suelo, jadeante, exclamó:

—No le mate, Paul. Hay que cogerle vivo.

Lacarte volvió a abrir fuego otras dos veces.

—Hay que salir de aquí —susurró Paul—. ¿Puede moverse?

—Voy a intentarlo.

Paul observó entonces que el joven policía tenía el hombro destrozado, por el que salía una gran cantidad de sangre.

—Procure aguantar. Le haré un torniquete.

Ayudó a incorporarse a George. La única protección de que disponían ambos era el saliente de una roca.

Lacarte volvió a disparar.

Los dos hombres pudieron situarse en un parapeto mejor y Paul intentó quitar la chaqueta de George.

—Veamos esto.

—No se ocupe de mí ahora. Puedo defenderme —y sacó su revólver—. Vaya con Giselle.

—Sale mucha sangre.

—Puedo aguantar.

—Bien, cúbrame. Voy a pasar al otro lado.

El policía abrió fuego y al tiempo que lo hacía, Paul saltaba por entre los setos para volver junto a Giselle.

Momentáneamente el arma de Lacarte había enmudecido.

El policía había vaciado el cargador al abrir la cortina de fuego para proteger a Paul y ahora luchaba con dificultades para sacar otro cargador de repuesto del bolsillo.

Lacarte se movía protegido por el desnivel del terreno y buscaba a los dos hombres para terminar con ellos.

Paul regresó al lugar donde había dejado a Giselle. ¡Pero ella no estaba allí!

—¡Debí suponerlo! —susurró para sí—. No puede permanecer quieta ni cinco minutos.

Sonaron nuevos disparos. Lacarte y George disparaban entre sí.

Paul trató de encontrar a la muchacha. Se metió por entre los viñedos y buscó.

Al cabo de unos minutos creyó verla intentando dar un rodeo.

Paul hizo un mohín de contrariedad y corrió hacia ella.

De pronto cuando menos podía esperarlo surgió Lacarte de detrás de una roca.

Estaba entre los dos.

—¡Cuidado, Giselle! —gritó el detective.

Lacarte se revolvió hacia ella y disparó.

La muchacha cayó al suelo.

Furioso, Paul disparó contra Lacarte y éste tuvo que protegerse metiéndose dentro de un surco.

Paul se lanzó en rauda carrera hacia la joven.

Desde el suelo, Lacarte apretó el gatillo varias veces seguidas,

pero ninguna bala salió del cilindro.

—¡Cógelo, Paul! No te preocupes por mí, estoy bien —gritó entonces ella.

Paul se revolvió hacia Lacarte y éste se incorporó ágilmente y echó a correr.

Por primera vez se sentía acorralado.

El detective se lanzó en pos de él, pero esta vez sin disparar. Sabía que el otro, sin balas en el cargador, se había vuelto inofensivo.

Lacarte, en su carrera, pretendía llegar hasta su automóvil, que había escondido tras los montones de tierra de la plazoleta hasta donde les había conducido George.

Paul iba ganándole terreno, pero Lacarte consiguió llegar antes y se metió rápidamente dentro del vehículo, que puso en marcha en el acto. Aceleró a fondo y se lanzó contra Paul, que estaba a escasa distancia. ¡Iba a aplastarle!

Paul se lanzó a un lado evitando ser alcanzado por el vehículo.

Se rehízo rápidamente y corrió para perseguirle.

Las ruedas del automóvil patinaban en la tierra, pero aun así, cobraba ventaja.

Paul apuntó a una de las ruedas traseras y disparó.

Se produjo el reventón y el auto, tras recorrer unos metros se detuvo, porque Lacarte comprendió que con él no podría llegar muy lejos.

Desesperadamente, reemprendió la huida a pie, corriendo por entre los viñedos otra vez.

Paul iba detrás, ganándole terreno.

Lacarte, sin embargo, llegó hasta el sendero y echó hacia donde había quedado la furgoneta utilizada por George.

Tras una carrera de un par de minutos logró subir a la furgoneta. Paul trató de disparar hacia las ruedas para impedirle siquiera que la pusiera en marcha, pero entonces comprobó que era la suya la pistola que se había quedado con el cargador vacío.

Lacarte sonrió con aire triunfal. ¡Estaban iguales!

Iguales no, porque el detective ya no tenía más balas.

Y Lacarte subía de nuevo a la cabina de la furgoneta. Paul no estaba dispuesto a dejarle escapar y reanudó su carrera cuando el vehículo se ponía en marcha.

De nuevo Lacarte intentó atropellarle, pero Paul saltó sobre un montículo de tierra y Lacarte tuvo que esquivar.

Atento al volante, no pudo evitar que de un salto Paul alcanzara el vehículo, quedando colgado del techo.

Lacarte viró bruscamente para hacer perder el equilibrio de su perseguidor.

Pero Paul seguía aferrado, aguantando, impidiendo que el otro pudiera escapar solo.

Lacarte volvió a virar.

Lo hizo cerca de otro montón de tierra y no tuvo tiempo de enderezar el volante en su momento y la furgoneta quedó empotrada.

Trató de dar marcha atrás, pero fue inútil.

Paul se había dejado caer y abrió la portezuela, mientras Lacarte salía por el otro lado y reemprendía una vez más la carrera a pie.

La carretera principal quedaba a un par de kilómetros. Al fondo cruzó un coche que se pudo distinguir por las luces.

Lacarte seguía jadeante, mientras buscaba en sus bolsillos un cargador, y sin dejar de correr intentó recargar de nuevo su automática.

También Paul acusaba los estragos de aquel terrible esfuerzo continuado de los últimos momentos.

Habían recorrido el primer kilómetro.

Paul pensó que su perseguido intentaría huir por el río. En aquellos lugares y en aquella época era fácil encontrar barcas varadas. Luego la corriente le llevaría río abajo.

De todos modos, Lacarte era ya hombre perdido.

De pronto, cuatro potentes luces a modo de focos reflectores surgieron en el centro del sendero, cortando el paso al fugitivo.

Eran las luces de cuatro motocicletas.

Lacarte frenó en seco. Quiso volverse atrás, pero allí estaba Paul que seguía en pos de él.

Echó por uno de los lados del camino, el opuesto a los viñedos, y un perro que hasta aquel momento había permanecido silencioso ladró como para advertirle de su presencia.

El perro lo sujetaba un gendarme uniformado.

Saltó de nuevo hacia el camino y echó por el otro lado, el de los viñedos.

Allí había otro par de hombres. Uno de ellos de paisano, el otro uniformado, policías también.

¡Estaba acorralado!

Un cuarto hombre salió de la otra parte en el momento en que Paul frenaba su carrera a escasos pasos de distancia de Lacarte.

La voz de este último, hombre advirtió:

—Es inútil, Lacarte. Está rodeado.

Aun así, Lacarte reaccionó y trató de precipitarse carretera adelante, donde estaban los motoristas llegados de Florac.

En los veinte minutos que duró la escaramuza, los gendarmes habían tenido tiempo de llegar.

Los otros pertenecían a la brigada cuya ayuda solicitó George.

—¡Deténgase, Lacarte! —gritó el agente que había hablado antes.

Pero lo que hacía Lacarte era intentar recargar su automática y llegó a conseguirlo.

Disparó sin apuntar contra los gendarmes de las motocicletas.

Trataba de abrirse paso desesperadamente.

Entonces sonó un balazo. Uno solo.

Con certera puntería, uno de los agentes derribó a Lacarte.

CAPÍTULO XVI

Paul estaba en el hospital de Mende hablando con George. Junto a Paul se hallaba también Giselle.

—¿Cómo va esto?

—Dos costillas rotas. Ya ve. Un descanso... —sonrió George.

—¿Cómo diablos confió en mí? Oficialmente estaba perseguido.

—Recibí un comunicado de la Sûreté. Un detective llamado Laurent explicó la historia.

—¡Laurent!

—Dijo que se dirigía usted hacia Sainte Enimie, pero aun así debíamos mantenernos a la expectativa.

—Ya. En fin... Creo que ya está todo aclarado.

—Así lo ha dicho el comisario Domenie, jefe de este sector.

—¿Han conseguido que Lacarte hablara?

—Sí. Confesó antes de morir. Con lo que dijo y los datos que más o menos poseemos, será fácil reconstruir todo el plan. Desde luego, el móvil era quedarse con todo el dinero que le corresponde a Giselle y ocultar algunas malversaciones.

—Bueno. Espero que no me pongan ninguna dificultad para salir del país. Ardo en deseos de ir a Mallorca.

—Yo también —adujo Giselle.

—¿Vamos, entonces?

—Sí, pero... Usted tiene que hablar todavía con el comisario y yo... voy a quedarme un rato más haciendo compañía a George.

Paul miró a ambos.

A George le agradaba la idea de que Giselle quisiera quedarse con él. Y ella parecía hacerlo con mucho gusto.

Pensó que él de buena gana estaría acompañando también a la otra Giselle. A Yolande. En realidad, el nombre no importaba. Era la chica, la chica que había conocido en Palma.

Se despidió de George con un «hasta la vista», que iba también

para la muchacha.

Les dejó solos a los dos, mirándose a los ojos mutuamente.

Giselle parecía ahora más femenina, sí, más mujer.

Y antes de salir pudo oír cómo ella le decía:

—¿Sabes? Me hubiese dolido mucho que fueses un cómplice de Lacarte.

Y él contestó:

—Te mereces una buena regañina por meterte en asuntos de esta clase. Has corrido un grave riesgo.

La regañina salió de labios del comisario y fue dirigida a los dos. A Paul y a Giselle.

—Esto no es un juego, señorita. La delincuencia es demasiado seria y, sobre todo, cuando se conoce al delincuente la obligación de todo ciudadano es dar cuenta a la policía.

El policía volvióse hacia Paul y añadió:

—En cuanto a usted, debió advertirnos de sus planes. También ha tomado esto como un juego.

—No, no, señor...

—Sí. Comprendo sus razones. Lo que ocurrió en Mallorca hirió su amor propio, pero aun así no debió obrar por su cuenta. En fin... No les entretengo más. Sé que están ansiosos por ver a esa muchacha, Yolande Durand.

—¿Cómo está? —preguntaron casi los dos a la vez.

—Ustedes mismos la verán —sonrió Domenie.

FINAL

Palma de Mallorca

Por fin, estaban en Mallorca.

Yolande ya había dejado el hospital. Residía en una villa alquilada en el bosque que circunda el castillo de Bellver, con una vista impresionante sobre la bahía palmesana.

Se alegró mucho de verles, y estaba ya al corriente de todo porque los periódicos habían dado la noticia refiriéndose al caso como a una aventura novelesca.

Tras las efusiones de los primeros momentos, la propia Yolande les sirvió de beber.

—Pero... Si el periódico dijo que... —empezó Giselle.

—Bueno, cuando conté lo ocurrido me pidieron permiso para dar la noticia así. Pensaron que para atrapar a Lacarte quizá sería mejor que me creyese a punto de morir. Lo sentí al principio por ti, Giselle. Me hubiera gustado escribirte y decirte la verdad, pero había que seguir... Al fin y al cabo, el fin que perseguíamos era desenmascarar a tu tío... Ya todo ha terminado.

—Me alegro que estés bien... Tanto que... Consultaré si sale algún avión para Francia esta tarde.

—¿Piensas irte? —inquirió Yolande, extrañada.

Paul aclaró las cosas:

—Cerca de Sainte Enimie hay cierto policía que se está reponiendo de unas heridas y necesita que alguien le haga compañía.

—¡Oh! —sonrió Yolande, comprendiendo, y luego se volvió hacia él para preguntarle—: ¿Y tú?

—Yo también esperaba encontrar a una enferma aquí... Pero veo que sólo está convaleciente y más hermosa que nunca. Así que si no

te importa... Me quedaré.

Instintivamente, Paul avanzó hacia ella y sin importarle en absoluto la presencia de Giselle, estampó un beso a Yolande. Ella se lo devolvió y luego las cosas se complicaron porque ambos tuvieron ganas de repetir, sólo que aquella vez no se trató sólo de una caricia fugaz sino de un beso eterno... que los dos parecían haber estado deseando.

Giselle comprendió que ya estaba de más allí y dijo:

—*Chiao* —al tiempo que agitaba el brazo.

Pero ni Paul ni Yolande le contestaron.

Se encogió de hombros y salió de la casa. Ya todo había terminado, pero como casi siempre que termina una cosa, empieza algo nuevo y aquella noche, cumpliendo sus deseos, subió en un *Caravelle* rumbo a Marsella, de allí ya encontraría algún medio de llegar a Mende lo más rápidamente posible.

Y en el hospital de Mende estaba George.

Sonrió para sí al pensar en el joven.

Y allá a lo lejos, desde la altura, el bosque donde estaba la casa de Yolande, era sólo un punto luminoso que surgía del castillo próximo.

Y dentro de aquella villa, un hombre y una mujer reanudaban la parte romántica de unas vacaciones interrumpidas.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

